

CRISTIANDAD

AÑO SANTO DE 1950

RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN DEL MUNDO A LOS SAGRADOS CORAZONES
DE JESÚS Y DE MARÍA



... «Después de casi dos siglos de tristes experiencias y extravíos, cuantos tienen todavía mente y corazón rectos confiesan que semejantes disposiciones e imposiciones, que tienen nombre pero no substancia de orden, no han dado los resultados prometidos ni responden a las naturales aspiraciones del hombre.»

(Del «Radiomensoje de Navidad» de S. S. Pío XII, 23-12-49)



BANDERAS - ESTANDARTES
para Asociaciones Religiosas y Entidades

Almacenes JORBA
MANRESA

Mercería y Novedades

Borne, 19
y Plaza Sto. Domingo, 1
Teléfono núm. 2279

Ramón Morell

MANRESA

HILADOS Y TEJIDOS DE ALGODON

José M.^a Suris

Sociedad en Comandita

Diputación, 294 - Teléf. 16950
BARCELONA

Chocolates y Bombones

“PINAR”

FABRICADO POR
LUDOMAR, S. L.

Publicaciones **CRISTIANDAD**

OBRAS PUBLICADAS:

**Unidad católica y tolerancia
de cultos**

Carta Pastoral
del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo
de Barcelona
(Agotada)

Hacia el Cuarto Año Jubilar

10 pesetas

Catolicismo o barbarie

por José-Oriol Cuffí Canadell

35 pesetas

Al Reino de Cristo

por la devoción a su Sagrado Corazón

Documentos Pontificios
Texto castellano

30 pesetas

Pídalos directamente a la Administración de CRISTIANDAD
y le será servido a domicilio sin aumento de gastos.

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 100'— Ptas.
Semestral . . . 50'— »
Trimestral . . . 25'— »

Número ordinario . . . 5'— ptas.

Encuadernar 25'— »

Tomo encuadernado . . 125'— »

Textil Isabela, S. A.

Barcelona

CRISTIANDAD

NÚMERO 140 - AÑO VII

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22440
BARCELONA

15 Enero 1950

Grta. 1.º - Teléf. 226076
MADRID

Los tiempos extraordinarios en que vivimos

En el documento de la Dirección General del Apostolado de la Oración en el cual se hace la proclama de la Cruzada de Oración y Penitencia y en las instrucciones con que acompaña esta proclama (documento reproducido por CRISTIANDAD en el número de 15 de diciembre de 1949 y publicado en folleto aparte por el Secretariado Diocesano del Apostolado de la Oración de nuestra Diócesis), se insiste una y otra vez acerca de la gravedad suma de nuestros tiempos: «Dios y la Iglesia para estas aflicciones extraordinarias, nos han dado la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús». «En las grandes calamidades de nuestros tiempos». «Gravedad extraordinaria de nuestros tiempos», etc.

El remedio imprescindible para nuestros males es la oración y principalmente la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por lo que «al recomendar esta devoción como el remedio eficaz de nuestros tiempos, debemos insistir de nuevo, siempre en el carácter extraordinario de la misma», por lo cual «pónese de manifiesto el hecho de que esta devoción tiene una misión particular en la vida moderna» y es utilizando este medio que Dios y su Iglesia nos ofrecen, como «se acelera el advenimiento del Reinado de Cristo, el triunfo de su amor».

CRISTIANDAD que se ha inspirado siempre en estos ideales, se asocia con entusiasmo a la Cruzada que predica la Dirección General del A. de la O. y procura contribuir con todas sus fuerzas a su triunfo y difusión.

El presente número va destinado a ilustrar y esclarecer el punto concreto de que nos habla la proclama acerca de los tiempos extraordinarios en que vivimos y de una manera especial cuando dice que «el tiempo va demostrando cada vez más que los hombres no son capaces de superar con sus propias fuerzas, los peligros de tales necesidades (comunismo, ateísmo, materialismo, etc.)».

Las tentativas hechas para, hallar una solución a los conflictos que se presenten, han fracasado precisamente por no inspirarse en las normas católicas. En este número de CRISTIANDAD se recoge el fracaso de la Sociedad de Naciones, que tanta confianza despertara en su día, y el de la O. N. U. más tarde, y que ilustran de una manera gráfica el fracaso de la política materialista y naturalista.

Una voz, la más autorizada de todas, hace menos de un año dijo esto mismo. En su Exhortación Apostólica a los obispos para expiar el crimen de Ateísmo, S. S. Pío XII decía: «Para evitar estos males, aplaudimos y alabamos las iniciativas encaminadas a que las naciones se mantengan siempre unidas con los más estrechos lazos. Pero todo ello, que ya de sí es bastante inseguro, estará apoyado en la movediza arena si no reina en todo el mundo un sentimiento de fraternidad universal, que consolide los estados y garantice los pactos haciendo firme y sagrada la fidelidad a los compromisos mutuos. Pero por experiencia nos consta con toda certeza, que en la práctica, los hombres no se sienten hermanos entre sí, si ellos no se sienten hijos de un mismo Padre».

El convencer a los hombres de que Dios tiene Corazón, es decir, de que ama a los hombres, es el mejor y único medio para que crean que es Padre Universal, que todos somos hijos suyos, y por lo tanto, que todos los hombres son hermanos entre sí, y asegurar de este modo el gran beneficio de la Paz de Cristo en el Reino de Cristo.

D. S.



Radiomensaje navideño de Su Santidad el Papa Pío XII

(23 diciembre 1949)

La espera de los pueblos

Nunca quizá, como en esta vigilia que abre el fausto suceso del nuevo año jubilar, Nuestro corazón de Padre y Pastor os ha sentido tan apretados y cercanos a sí, amados hijos del universo. Nos parece ver y escuchar —Nuestro corazón no Nos engaña— el aliento de millones y millones de fieles acordes con Nós como inmenso coro de fervientes gracias, de vivos deseos, de humildes invocaciones al Padre, dador de todo bien, al Hijo, expiador de toda culpa, al Espíritu Santo, dispensador de toda gracia.

Llevados por un profundo deseo de liberación espiritual, atraídos por el brillo de los bienes celestiales, olvidados por corto espacio de las preocupaciones terrenas, os dirigís hacia Nós y como que repetís, pero en buen sentido y con recta intención, la oración que fué en otro tiempo dirigida al Redentor (*Marc.*, 8, 11-12; *Luc.*, 11, 16): danos una señal del cielo.

Pues bien, «*hodie scietis quia veniet Dominus et mane videbitis gloriam eius*»; la señal que esperáis os será anunciada hoy; la señal y también el medio de remisión y santificación mañana mismo os será dado, en el momento en que, por Nuestras manos, la mística Puerta será una vez más abierta, franqueando la entrada al máximo templo de la Cristiandad, símbolo del Redentor Jesús, dado a Nos por María, a fin de que todos, incorporados en El, encontremos la salvación: «*Ego sum ostium. Per me si quis introierit, salvabitur*» (*Io.*, 10, 9).

En toda la Iglesia de Cristo, que tiene sus miembros extendidos por todas las zonas de nuestro planeta, en estos días se dirigen las miradas hacia Roma, a esta Sede Apostólica, fuente perenne de verdad, de salvación, de bien.

Sabemos cuántas esperanzas ponéis en este Año Santo. Está fija en Nuestro corazón la confianza de que la Providencia divina quiere obrar en él y por él las maravillas de su misericordia hacia la familia humana. Y Nos sostiene la esperanza de que el Ángel del Señor no encuen-

tre obstáculos en su camino, sino más bien preparadas las vías y abiertos los corazones con aquella buena voluntad que inclina el Cielo hacia la tierra.

Nós mismo, a quien la Providencia divina ha reservado el privilegio de anunciarlo y darlo al mundo entero, sentimos el presagio de su importancia para el próximo medio siglo.

Nos parece que el Año Santo 1950 ha de ser señalado sobre todo por la deseada renovación religiosa del mundo moderno, y término de aquella crisis espiritual que oprime los espíritus de nuestro tiempo. Añorada armonía de los valores celestiales y terrenos, divinos y humanos, obligación y deber de Nuestra generación, se conseguirá o por lo menos se acelerará, si los fieles de Cristo se mantienen firmes en los propósitos concebidos, prosiguen tenaces en las obras emprendidas y no se dejan seducir por vanas utopías, ni desviar por intereses y egoísmos de partido.

Señalado, además, para el porvenir de la Iglesia, empuñada interiormente en el esfuerzo de volver más genuina y más difundida entre el pueblo la santidad de sus miembros, mientras exteriormente se preocupa de trasfundir y derramar su espíritu de justicia y de amor aun en las instituciones civiles.

La apertura de la Puerta Santa

Animados por estos sentimientos y por estos deseos, penetrados de la dignidad de una tradición que asciende a los tiempos de Nuestro Predecesor Bonifacio VIII. Nós mañana, al abrir con tres golpes de martillo la Puerta Santa, seremos conscientes de cumplir, no un acto puramente tradicional, sino un rito simbólico de profundo significado, no solamente para los cristianos, sino para la humanidad toda.

Nós queremos que aquel triple golpe resuene en el fondo del alma de todos aquellos que tienen oídos para escuchar (*Matth.*, 11, 15).

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: **Los tiempos extraordinarios en que vivimos** (pág. 25).

Radiomensaje navideño de Su Santidad el Papa Pío XII (págs. 26 a 30).

«**Mensaje de exhortación y de gracia de Dios...**» (págs. 31 y 32).

El fracaso de la Sociedad de Naciones, por Domingo Sanmartí Font (págs. 33 y 34).

La aleccionante experiencia de la O. N. U., por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 35 a 38).

Falaces ilusiones..., (págs. 39 y 40); **Penosas desilusiones...** (págs. 41 a 43).

Santa Juana de Arco, por María Asunción López (págs. 44 a 46).

La Paz y el Año Santo, por Arturo M.^a Cayuela, S. I. (págs. 46 y 47).

DE ACTUALIDAD: **La suerte de Colombia no puede depender de la pura violencia.** — **La población judía del mundo**, por J. O. C. (pág. 48).

Año Santo, año de Dios,
de Dios, cuya majestad y grandeza condena el pecado;
de Dios, cuya bondad y misericordia ofrece el perdón
y la gracia a quien está dispuesto a recibirlo;

de Dios, que en este Año Santo quiere acercarse todavía más al hombre y estar más cercano a él que nunca.

¡Cuántos hacen del pecado una simple «debilidad», y de la debilidad hasta una virtud! «*Equidem*, escribía hace tiempo el pagano Salustio (*Catil.*, 52), *nos vera vocabula rerum amisimus, quia bona aliona largiri liberalitas, malorum rerum audacia fortitudo vocatur*». Transformando artificiosamente el sentido de las palabras en las más importantes cuestiones de la vida pública y privada ocultan lo que la conciencia no quiere descubrir; cohonestan; cohonestan aquello que lo más íntimo de su alma condena; niegan lo que deberían lealmente reconocer.

¡Cuántos ponen en el puesto del verdadero Dios a sus ídolos, o también, aun afirmando su fe en Dios y su voluntad de servirle, se hacen de El una idea, que es el producto de sus propios deseos, de sus propias tendencias, de sus propias debilidades! Dios, en su inmensa grandeza, en su inmaculada santidad; Dios, cuya bondad comprende tan bien los corazones que El mismo ha formado (*Ps.*, 32, 15) y cuya benignidad está siempre dispuesta a venir en su ayuda, no es conocido rectamente de muchos.

Por esto hay tantos cristianos por pura costumbre, tantos distraídos e indiferentes, y por otra parte tantas almas atormentadas y sin esperanza, como si el Cristianismo no fuese él mismo la «buena nueva».

¡Falsas ideas de Dios, vanas creaciones de espíritus demasiado humanos, que el Año Santo debe disipar y arrojar de los corazones!

El Año del gran retorno y del gran perdón

La espontánea simpatía con que los pueblos han acogido su anuncio confirma la confianza que Nós mismo habíamos puesto en él. No será, pues, una festividad ruidosa, ni un pretexto de piadosas distracciones, ni siquiera una vanidosa ostentación de fuerzas católicas en el sentido corriente en el mundo, que hace consistir el éxito en la aprobación momentánea de las multitudes. El Año Santo debe obrar más seriamente y más a fondo en las almas, debe estimular y promover más ampliamente las virtudes privadas y públicas, debe ser y aparecer más íntima y sinceramente cristiano.

El deberá corresponder al secreto querer de Dios, deberá señalarse como año del gran retorno, año del gran perdón, a lo menos en la medida que nuestra edad ha sido, aun en el reciente pasado, época de apostasía y de culpa.

I. Año del gran retorno

Paterna invitación

Dirigimos, pues, ya desde hoy al mundo entero Nuestra voz, a fin de que por todos los hombres y por cada uno, desde todas las regiones y desde todas las playas, con la urgencia propia de la hora extraordinaria que corre, se realice el deseado gran retorno. Nuestra invitación quiere ser, sobre todo, invitación de padre que vive, se fatiga, sufre, reza y espera para el bien y la felicidad de los hijos. Y todos los hombres sobre la tierra son Nuestros hijos, «*saltem iure et destinatione*», aun aquellos que Nos abandonaron, que Nos ofendieron, que Nos hicieron y Nos hacen padecer.

Hijos lejanos, extraviados, engañados y amargados, particularmente vosotros, a quienes voces engañosas y quizá también una incauta visión de las cosas han extinguido en el corazón el afecto que antes cultivabais hacia la Santa Iglesia, no queráis rechazar el ofrecimiento de reconciliación que Dios mismo os ofrece por Nuestro medio y en un tiempo verdaderamente aceptable. Estad desde ahora persuadidos que son dulces los caminos del retorno a la casa del Padre, y lleno de gozo el abrazo que os espera.

Retorno a Dios de los incrédulos

de los ateos...

Señale, sobre todo, este Año Santo el retorno a Dios de aquellas almas que por varias y múltiples causas han perdido de vista y extinguido en el corazón la imagen y el recuerdo de su Creador, de quien es su vida, como la existencia de todos los seres, y en el cual está puesto el sumo bien de ellos.

Ya estén alejados por una postura agnóstica e inerte hacia el máximo problema de la vida; ya se digan satisfechos por una ficticia visión del universo, donde se niega el necesario puesto al primer Principio espiritual de cuanto existe y puede existir; ya intolerantes para con su indestructible presencia, neciamente colosos de su supremo dominio. Le mueven loca guerra, intentando sofocar el

testimonio que de El dan todas las criaturas y su mismo corazón; ellos sufren la congoja de un destierro, la soledad del universo, el vacío de un destierro, al que por sí mismos están condenados, al aceptar el ateísmo. Para ellos no hay más que un remedio, el retorno: retorno a la reflexión y al buen sentido humano, retorno a la búsqueda profunda y serena de la razón de las cosas, subiendo punto por punto la escala de lo criado del efecto a la causa, hasta que descansen plenamente satisfecha la mente investigadora; retorno, en fin, a la humildad y a la docilidad de la criatura. Aparecerá a sus ojos, y podrá casi tocarlo en el testimonio irrefragable de sus obras, el Dios de los vivientes, Nuestro Padre, el amor que atormenta mientras no es poseído.

... y de los paganos

El corazón Nos dice que este Año Santo verá muchos de estos retornos, como verá multiplicarse las conversiones a la fe cristiana de los paganos en tierra de Misión. Os servirá ciertamente de consuelo saber que desde el Jubileo de 1925 hasta hoy se ha más que doblado el número de los cristianos en aquellos lejanos territorios; mientras en algunas regiones de Africa la Iglesia visible ha llegado a ser una base de la vida social, mediante el influjo cristiano ejercitado profundamente sobre las costumbres públicas y privadas. Pero con el más vivo dolor de Nuestra alma no podemos apartar el pensamiento de los graves peligros que amenazan o que han causado estragos en la religión y en sus instituciones en otros países de Europa y de Asia, como en la China solada, donde trágicos acontecimientos han convertido floraciones de vida en cementerios de muerte.

Retorno de los pecadores a Jesucristo

Señale el Año Santo el retorno a Jesucristo Redentor para las almas halagadas por la lisonja del pecado y alejadas de la casa del Padre. Son creyentes y católicos, a quienes por desgracia el espíritu, débil tanto cuanto la carne, vuelve tráfugas de los propios deberes y olvidadas

dizos de los verdaderos tesoros, o por un largo correr de años, o en una habitual alternativa de deserciones y fugaces encuentros. Se engañan, creen poseer la vida cristiana y acepta a Dios, sin que la gracia santificante more habitualmente en sus corazones.

Por fáciles compromisos entre tierra y cielo, tiempo y eternidad, sentido y espíritu, se ponen en coyuntura de morir de miseria y de hambre, alejados de aquel Jesús que no reconoce por suyos a aquellos que quieren servir a dos señores. Para estos llagados en el espíritu, leprosos, paráliticos, sarmientos desprendidos sin savia vital, el Año Santo ha de ser tiempo de curación y de arrepentimiento. El Ángel de la piscina Probática quiere renovar para todos ellos el prodigio de las aguas regeneradoras. ¿Quién no querrá bañarse en ellas?

El anciano Padre de la parábola evangélica espera ansioso, sobre el umbral de la Puerta Santa, que el hijo extraviado retorne contrito; ¿quién querrá obstinarse en el desierto de la culpa?

Retorno de los disidentes a la Iglesia

¡Oh, si este Año Santo pudiese saludar también el retorno grandioso y esperado por tantos siglos a la única verdadera Iglesia de muchos creyentes en Jesucristo, separados de El por diversos motivos! Con gemidos inenarrables el Espíritu, que existe en los corazones de los buenos, eleva hoy como grito de plegaria la misma oración del Señor: «*ut unum sint*» (Io., 17, 11). Justamente preocupados por la audacia con que se mueve el frente único del ateísmo militante, aquello que desde hace largo tiempo se preguntaba, hoy se invoca en alta voz: ¿Por qué todavía separaciones, por qué todavía cismas? ¿Para cuándo la unión concorde de todas las fuerzas del espíritu y del amor?

Si otras veces ha partido de la Sede Apostólica la invitación a la unidad, en esta ocasión Nós la repetimos más cálida y paternal, movidos como Nos sentimos por las invocaciones y súplicas de tantos y tantos creyentes esparcidos por toda la tierra que, después de los trágicos y luctuosos acontecimientos sufridos, vuelven los ojos hacia esta misma Sede, como al áncora de salvación del mundo entero. Para todos los adoradores de Cristo —no excluidos aquellos que en una sincera pero vana espera le adoran prometido en las predicciones de los Profetas y no llegado—, Nos abrimos la Puerta Santa, y juntamente los brazos y el corazón de aquella paternidad, que por inescrutable designio divino Nos ha sido comunicada por Jesús Redentor.

Retorno del mundo a los designios de Dios

Sea finalmente este Jubileo el año del gran retorno de toda la humanidad a los designios de Dios.

El mundo moderno, de la misma manera que ha intentado sacudir el suave yugo de Dios, ha rechazado juntamente el orden por El establecido, y con la misma soberbia del ángel rebelde al comienzo de la creación, ha pretendido instituir otro a su arbitrio.

Después de casi dos siglos de tristes experiencias y extravíos, cuantos tienen todavía mente y corazón rectos, confiesan que semejantes disposiciones e imposiciones, que tienen nombre pero no sustancia de orden, no han dado los resultados prometidos, ni responden a las naturales aspiraciones del hombre. Este fracaso se ha manifestado en un doble terreno: en el de las relaciones sociales y en el de las relaciones entre las naciones.

En el terreno social

En el campo social, el disfraz de los designios de Dios se ha llevado a cabo en la misma raíz, deformando la ima-

gen divina del hombre. A su real fisonomía de criatura, que tiene origen y destino en Dios, se ha sustituido con el falso retrato de un hombre autónomo en la conciencia, legislador incontrolable de sí mismo, irresponsable hacia sus semejantes y hacia el complejo social, sin otro destino fuera de la tierra, sin otro fin que el goce de los bienes finitos, sin otra norma que la del hecho consumado y de la satisfacción indisciplinada de sus concupiscencias.

De aquí ha nacido y se ha consolidado durante varios lustros en las más variadas aplicaciones de la vida pública y privada, aquel orden demasiado individualístico, que ha caído hoy en grave crisis casi en todas partes. Pero nada mejor han aportado los innovadores sucesivos, los cuales, partiendo de las mismas equivocadas premisas y torciendo por otro camino, han conducido a consecuencias no menos funestas, hasta a la total subversión del orden divino, al desprecio de la dignidad de la persona humana, a la negación de las libertades más sagradas y fundamentales, al predominio de una sola clase sobre las otras, al servicio de toda persona y cosa al Estado totalitario, a la legitimación de la violencia y al ateísmo militante.

A los mantenedores de uno y otro sistema social, entrambos alejados y contrarios a los designios de Dios, suene persuasiva la invitación a volver a los principios naturales y cristianos, que fundan la justicia efectiva en el respeto a las libertades legítimas; de manera que, con la igualdad de todos reconocida en la inviolabilidad de los derechos propios, se apague la inútil lucha que exaspera los ánimos en el odio fraterno.

Pero además de estos deseos, que forman la constante solicitud de Nuestro deber apostólico, Nós dirigimos una paternal exhortación a aquellos que colocan toda su esperanza en las promesas de una doctrina y de unos jefes, que se profesan explícitamente materialistas y ateos.

Humillados y oprimidos, por muy triste que sea vuestra condición, quedando vivo en vosotros el derecho de reivindicar lo justo, y en los otros el deber de reconocerlo, recordad que poseéis un alma inmortal y un destino trascendente.

No queráis cambiar los bienes celestiales y eternos con los caducos y temporales, especialmente en esta época en que por todas partes hombres honrados y providentes instituciones han acogido más eficazmente vuestro grito y comprendido vuestro drama, resueltos a guiaros por los caminos de la justicia.

Aquella fe y aquella esperanza que ponéis no pocas veces en hombres tan fáciles en el prometer cuanto seguros de no poder obtener aquella rápida solución de todos vuestros problemas, que hacen brillar delante de vuestros ojos —problemas de los que alguno es difícilmente soluble por la misma limitación de la naturaleza humana—, reservadas, en primer lugar, a las promesas de Dios, que no miente.

Las legítimas preocupaciones que os asaltan por el pan de cada día y por una conveniente habitación —indispensables para vuestra vida y la de vuestras familias— haced que no choquen con vuestros destinos celestiales, que no os hagan olvidadizos o indiferentes para vuestra alma y para los tesoros imperecederos que Dios os ha confiado en las almas de vuestros hijos; que no os oscurezcan la visión ni os impidan la consecución de aquellos bienes eternos que serán vuestra felicidad perpetua y se concretan en el supremo valor para el que somos criados: Dios, nuestra felicidad. Solamente una sociedad iluminada por los dictámenes de la fe, respetuosa con los derechos de Dios, segura de la cuenta que sus jefes responsables deberán dar al Juez supremo en lo íntimo de su conciencia y en la presencia de los vivos y de los muertos; solamente una sociedad así sabrá reconocer e interpretar rectamente vuestras necesidades y vuestras justas aspiraciones, defender y propugnar vuestros derechos, guiaros sabiamente en

el desempeño de vuestros deberes, según la jerarquía de los valores y la armonía de la convivencia doméstica y civil, establecidas por la naturaleza.

No olvidéis que sin Dios la prosperidad material es para quien no la posee una atormentadora herida; pero para quien la tiene, un halago mortal. Sin Dios, la cultura intelectual y estética es un río cegado en su manantial y en su desembocadura; se reduce a un pantano, se llena de arena y fango.

En el terreno internacional

Esperamos, por fin, para este Año Santo el retorno de la sociedad internacional a los designios de Dios, según los cuales todos los pueblos, en la paz y no en la guerra, en la colaboración y no en el aislamiento, en la justicia y no en el egoísmo nacional, son destinados a formar la gran familia humana, dirigida a la común perfección, en la ayuda recíproca y en la justa distribución de los bienes, que son tesoro de Dios confiado a los hombres.

Amados hijos, si alguna vez os parece que hay ocasión propicia para exhortar a los dirigentes de los pueblos a pensamientos de paz, ésta del Año Santo Nos parece la más oportuna. Ella es y quiere significar también una poderosa llamada y juntamente una contribución a la fraternidad de las gentes.

A esta madre de los pueblos que es Roma confluirán innumerables grupos de peregrinos, diversos por la raza, por la nacionalidad, por la lengua, por las costumbres, por los sentimientos. Y entre estos mismos muros convivirán,

se encontrarán en las mismas calles, descansarán en las mismas casas, participarán en los mismos ritos, apagarán su sed en las mismas fuentes del espíritu, gozarán de los mismos consuelos, aquellos a quienes fué mandado sembrar la muerte y aquellos que sufrieron sus pavorosos efectos, aquel que invadió y aquel que se rindió, aquel que rodeó los campos de alambradas y aquel que allí padeció dura prisión. ¿No tenemos, pues, Nos razón para creer que estos millares y millares de Nuestros devotos hijos llegarán a ser la vanguardia fiel en la cruzada por la paz, y que con Nuestra bendición llevarán consigo a su patria el pensamiento y la fuerza de la paz de Cristo, a fin de ganar allí nuevos soldados para una tan santa causa?

No quiera el Señor que esta «tregua de Dios», inspiradora profética de pacíficos consejos, sea turbada o violada por locos propósitos no sólo entre las naciones, sino entre las diversas clases de un mismo país. Aquella mano sacrilega se condenaría por sí misma a la justa ira de Dios y se atraería la indefectible execración de toda la humanidad.

Nos esperamos, pues, un gran retorno en este Año de gracias extraordinarias, grande por el número de los hijos a quienes reservamos el más afectuoso abrazo, grande por la lejanía de donde vendrán algunos de ellos, grande por las vastas y benéficas repercusiones que no dejarán de derivarse de él. A Nuestros hijos, a todos los hombres de buena voluntad, sea querido el propósito de no desilusionar las esperanzas del Padre común, que tiene los brazos alzados al cielo para que la nueva efusión de la misericordia divina sobre el mundo supere toda medida.

II. Año del gran perdón

Dios, amor misericordioso

Por este encuentro de amor compasivo y benigno, que desde Roma se extenderá por toda la tierra, todo retorno a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia y a los divinos designios, se sellará con el amoroso abrazo del Padre de las misericordias, que perdona toda culpa y toda pena a quien ama. Jesús Nos ha revelado el verdadero rostro de Dios, describiéndolo en el padre que acoge, que abraza, perdona al hijo pródigo en su afligido y confiado retorno a la casa, de la que se había neciamente alejado.

Si el Jubileo para los hombres es tiempo de extraordinario retorno, para Dios será ocasión de más amplio y amoroso perdón.

Arrepentimiento y expiación

Y ¿quién no tiene necesidad del perdón de Dios? Aunque el Señor está pronto a perdonar, no dispensa al pecador del sincero arrepentimiento y de la justa expiación.

El Año Santo sea, pues, principalmente, año de arrepentimiento y de expiación. El arrepentimiento y la expiación interiores y voluntarios son la indispensable condición de toda humana renovación, significan la parada en la pendiente, muestran el reconocimiento de los propios pecados, manifiestan la seriedad de la buena voluntad.

Y la expiación voluntaria consigue mayores valores cuando es colectiva y se realiza en unión con el primer Expiador de las culpas humanas, Jesucristo nuestro Redentor.

Expiad, amados hijos, en este Año Santo, que recuerda la gran expiación del Calvario, vuestras culpas y las de los demás; enterrad con un sincero arrepentimiento todo el pasado, persuadidos que, si la presente generación ha sido azotada tan duramente por los castigos, fabricados por sus propias manos, ha sido porque ha prevaricado más conscientemente y protervamente.

Desfilan, como en una lúgubre procesión delante de Nuestros ojos, los rostros dolorosos de los huérfanos, de las viudas, de las madres en espera de un retorno que quizás no llegará, de los perseguidos por la justicia y por la religión, de los prisioneros, de los prófugos, de los violentamente desterrados, de los detenidos, de los desocupados, de los oprimidos, de los que sufren en el espíritu y en la carne, de las víctimas de toda injusticia. Tantas y tantas lágrimas que riegan la faz de la tierra, tanta y tanta sangre que la enrojece, mientras son en sí expiación y en muchos casos no por culpas propias, exigen a su vez otra expiación, para que sea destruída la culpa y sonría de nuevo la alegría.

¿Quién querrá alejarse de este mundo de expiación que tiene por jefe al mismo divino Crucificado y abraza a toda la Iglesia militante?

Perdón entre los hombres

Con tan grandes promesas de parte de Dios, quizá nunca el Año Santo ha venido más oportunamente a aconsejar dulzura, indulgencia y perdón entre los hombres.

Cuando en tiempos recientes, tomando por motivo una guerra perdida o culpas políticas, se desencadenaron oleadas de represalias, desconocidas hasta ahora en la historia a lo menos por el número de víctimas, Nuestro corazón se llenó de acerbo dolor no sólo por la desgracia que multiplicaba las desventuras y lanzaba en la aflicción a millares de familias muchas veces inocentes, sino porque con gran amargura veíamos allí el trágico testimonio de la apostasía del espíritu cristiano.

Quien quiera ser sinceramente cristiano debe saber perdonar. «Siervo inicuo... —amonesta la parábola evangélica (Matth., 18, 33)—, ¿no debes tú también tener piedad de un consiervo tuyo, como yo he tenido piedad de ti?»

La caridad y la misericordia, cuando hay motivos justos, no chocan con el deber de la recta administración de

la justicia, pero si la intolerancia imprudente y el espíritu de represalia, sobre todo cuando la venganza es ejercitada por el poder público contra quien ha errado más bien que pecado, o cuando la misma pena infligida merecidamente se alarga más allá de límites razonables.

Inspire el Señor consejos de reconciliación y de concordia a cuantos están investidos de responsabilidad pública, y, sin menoscabo del bien común, se ponga fin a aquellos residuos de leyes extraordinarias, que no afectan a los delitos comunes merecedores de justo castigo, y que, después de largos años de la terminación del conflicto armado, provocan en tantas familias y en tantos individuos sentimientos de exasperación contra la sociedad en la que se ven obligados a sufrir.

Ancha amnistía

Volvemos Nos, por ello, a suplicar a las supremas autoridades de los Estados, especialmente cristianos, en nombre de Jesucristo mismo, que precedió con el ejemplo inmolándose por sus mismos verdugos, que quieran ejercitar generosamente su derecho de gracia, llevando a efecto, con ocasión tan solemne y propicia como es la del Año Santo, aquellas medidas de templanza de la justicia punitiva que en las leyes de todo país civilizado se preveen.

La religión y la piedad que, como Nos auguramos, inspirarán aquellos actos de benevolencia, en vez de debilitar la fuerza de las leyes o menguar el respeto de ellas en los ciudadanos, serán, por el contrario, poderoso motivo para los beneficiados, con la vuelta a la ansiada libertad o con el acortamiento de la pena, para resurgir moralmente y reparar, cuando sea el caso, el pasado con un sincero y perdurable arrepentimiento en el signo de la fe.

Nos, y junto con Nos tantos corazones unidos en la aflicción, pedimos este consuelo, porque la alegría de los hijos es el gozo del Padre. Y desde ahora manifestamos un público y ferviente agradecimiento a aquellos gobernantes que ya han acogido favorablemente, en diversa medida, Nuestro deseo, o Nos han dejado alguna esperanza de obtener su cumplimiento.

Invitación a Roma

«Securus iam carpe viam».

Amados hijos, he ahí abierto nuestro corazón en la vigilia de la apertura de la Puerta Santa; leed ahí Nuestras intenciones, Nuestras esperanzas, Nuestros deseos.

Recoged Nuestra invitación a la casa paterna; de cer-

ca y de lejos, de toda región y continente, de todas las fronteras y por todos los caminos, atravesando los océanos y surcando los cielos, venid a esta Roma, que os abre sus brazos siempre maternales. *«Securus iam carpe viam, peregrinus ab oris — occiduis quisquis venerandi culmina Petri — ... petis.»* (*Pauli Di coni Carmina*, VIII, 19-21; *Monum. Germ. histor., Poetae lat. aevi carol.*, t. I, p. 46.)

Vosotros, que en otro tiempo, durante largos años, dejasteis el hogar doméstico y os curtisteis en la aspereza de los largos viajes con los ejércitos en guerra, con las caravanas de los prófugos, de los emigrantes, de los sin hogar, volved a tomar el camino; pero esta vez con alegría, como legiones pacíficas de orantes y de penitentes, hacia la patria común de los cristianos.

«Roma mihi patria».

Porque, sin privilegios de raza o de casta, Roma es la patria de todos; todo cristiano puede y debe decir: *«Roma mihi patria»*. Aquí se manifiesta más particularmente la sobrenatural providencia de Dios sobre las almas; aquí bebieron los santos las normas y las inspiraciones de sus heroísmos; esta tierra bendita conoció los triunfos de los primeros mártires y fué la palestra de invictos confesores. Aquí está la roca incommovible, en la que anclaréis vuestros anhelos; el lugar y el antiguo *tropaum* del sepulcro del glorioso Príncipe de los Apóstoles que sostiene la Cátedra viva del Vicario de Cristo.

En el esplendor de las basílicas, en la dignidad de la solemne liturgia, en la penumbra de los antiguos cementerios cristianos, al lado de las insignes reliquias de los Santos, respiraréis un aura de santidad, de paz y de universalidad, que vendrá a dar a vuestra vida una profunda y cristiana renovación.

Y vosotros, amados hijos de Roma, más cercanos y unidos a Nos por el más inmediato ministerio pastoral, que muchas veces en este pasado decenio Nos habéis dado indudables pruebas de adhesión filial, no iréis detrás de nadie en acoplar vuestros propósitos y vuestra conducta con los altos fines del Año Santo. A vosotros toca una caridad particular para acoger a los hermanos venidos de lejos, una ejemplar templanza de costumbres, una fervorosa práctica de los deberes religiosos.

Acoja el omnipotente y misericordioso Dios estos Nuestros deseos, y sobre vosotros que Nos escucháis, sobre todos los hombres de buena voluntad, sobre aquellos cuyo retorno esperamos; descienda, como prenda de las más abundantes misericordias del cielo, Nuestra Bendición Apostólica.

Falaces ilusiones, penosas desilusiones

Es triste y doloroso pensar que innumerables hombres, **aun habiendo sentido la amargura de falaces ilusiones y penosas desilusiones**, mientras buscaban una felicidad que les satisficiera en esta vida, se hayan cerrado el camino a toda esperanza y viviendo como viven lejos de la fe cristiana no aciertan a descubrir el camino hacia el pesebre del Niño Dios y hacia aquella consolación, que hace sobreabundar de gozo a los héroes de la fe en todas sus tribulaciones. Contemplan hecho pedazos el edificio de creencias, en el cual **humanamente habían confiado y puesto su ideal**; pero no fué nunca verdad que hallasen aquella única fe verdadera, que hubiera podido darles aliento y nuevo ánimo.

Pío XII. Mensaje de Navidad de 1943.

«Mensaje de exhortación y de gracia de Dios...»

¿Cabe obligación mayor y más urgente que la de evangelizar las inmensurables riquezas de Cristo a los hombres de nuestra época?

¿Cabe cosa más noble que desplegar al viento las banderas del Rey ante los que siguieron y siguen banderas falaces y conquistar para el victorioso estandarte de la Cruz a los que lo han abandonado?

«Si contemplamos «sub specie aeternitatis» los acontecimientos externos y el íntimo desenvolvimiento de los últimos cuarenta años y medimos sus grandezas y deficiencias, aquella Consagración universal a Cristo Rey se manifiesta cada vez más a nuestro espíritu en el significado sagrado, en el simbolismo exhortador, en el intento de purificación y elevación, de robustecimiento y de defensa de las almas, y al mismo tiempo en la previsoría sabiduría que mira de curar y ennoblecer toda humana sociedad y promover el verdadero bien.»

Estas palabras de S. S. Pío XII en el exordio de su primera Encíclica «Summi Pontificatus», varias veces subrayadas en nuestra revista, invitan por sí mismas y por el contexto de que forman parte a una especial consideración.

El Papa ha iniciado su documento con el recuerdo del cuadragésimo aniversario de la Consagración del género humano al Sacratísimo Corazón del Redentor que su predecesor León XIII intimó al orbe al declinar el pasado siglo, en los umbrales del Año Santo: «¡Con qué júbilo —recuerda Pío XII—, emoción e íntima aprobación acogimos entonces como mensaje celeste la Encíclica «Annum Sacrum»... precisamente cuando, novel sacerdote, habíamos podido recitar: «Introibo ad altare Dei»! ¡Y con qué ardiente entusiasmo unimos nuestro corazón a los pensamientos que animaban y guiaban aquel acto verdaderamente providencial de un Pontífice que con tan profunda agudeza conocía las necesidades y las llagas manifiestas y ocultas de su tiempo!»

Y como la Providencia unió el comienzo de su vida sacerdotal a aquel mensaje celeste, así «ha querido, dice, hacer coincidir nuestro primer año de pontificado con un recuerdo tan importante y querido de nuestro primer año de sacerdocio»... «¿Cómo no acoger con júbilo tal coyuntura, exclama el Papa, para hacer del culto al Rey de reyes y Señor de los que dominan, como la plegaria del introito de nuestro pontificado con el espíritu de nuestro inolvidable predecesor y para fiel actuación de sus intenciones? ¿Cómo no hacer de él el alfa y el omega de nuestra voluntad...?»

Inmediatamente después de esta ponderación de sus propios sentimientos y de esta proclamación del espíritu e intenciones que animaron a León XIII a realizar aquel acto, como el principio y el fin de su enseñanza y de su actividad, nos invita Pío XII, con las palabras que citamos al principio, a contemplar, desde el punto de vista de

lo sobrenatural y eterno, los años transcurridos desde aquella Consagración universal. La consideración de ellos manifiesta cada vez más su significado, «cada vez con más claridad se nos revela como mensaje de exhortación y de gracia de Dios, no sólo para su Iglesia, sino también para un mundo tan necesitado de estímulo y de guía...»

Si leemos con espíritu de fe los documentos pontificios, estas serias reflexiones de Pío XII no podrán parecernos frases grandilocuentes dirigidas a exaltar los actos de los Papas con fines parecidos a los que se persiguen en las propagandas políticas. El católico que se interese por los gravísimos problemas de nuestro tiempo, el historiador que no quiera quedarse en una superficial consideración de los acontecimientos, tratarán sinceramente de comprender en qué sentido la marcha de nuestro siglo, tan compleja en múltiples acontecimientos, está proclamando cada vez más claramente la trascendencia y la oportunidad «verdaderamente providencial» de aquel acto al que la «opinión pública» del mundo civilizado dedicó apenas atención y al que los historiadores de la vida contemporánea dejarán tal vez en un absoluto olvido.

Mas para comprender esto no podemos fiarnos meramente de nuestra propia visión de los acontecimientos, muchos que se creerán profundos conocedores de la historia contemporánea se creerán, tal vez, autorizados a encogerse de hombros y hacer constar que para ellos no aparece clara una tal importancia histórica de aquel hecho y que no aciertan a comprender que haya tenido influencia notable en la vida de nuestro siglo.

Consideremos de nuevo las palabras del Papa. Al ponderar la trascendencia providencial y la actualidad psicológica de aquella proclamación de la Realeza de Cristo por su Corazón, lo hace con tales razones que no dejaremos de comprender en algo el sentido de tal actualidad y el «*simbolismo exhortador*» que representó para el mundo aquel acto realizado en vísperas del Año Santo que cerraba el siglo «del progreso, del liberalismo y de la civilización moderna con las que la Iglesia no podía ni debía reconciliarse», e iniciaba el siglo de los fracasos, de los desengaños y de los desastres que la Iglesia había anunciado maternalmente al mundo y para los que Ella sola poseía el remedio en la misericordia del Corazón de Jesús.

Algunos pasajes de la «Summi Pontificatus» que a continuación publicamos nos revelan de un modo profundamente impresionante el pensamiento del Papa sobre este punto.

F. C. V.

«Encíclica Summi Pontificatus»

(Fragmentos)

«Un mundo sumergido en el culto de lo presente...» «Para el que la divina acción de amor de la Cruz era escándalo y locura»

«Dices: soy rico y opulento y de nada necesito...»

«... Aquella Consagración universal a Cristo Rey... cada vez con más claridad se nos revela como mensaje de ex-

hortación y de gracia de Dios, no sólo para su Iglesia, sino aun para un mundo tan necesitado de estímulo y de guía, que, sumergido en el culto de lo presente, se extraviaba cada vez más y se agotaba en la fría rebusca de ideales terrenos; mensaje a una humanidad que en escuadrones cada vez más nutridos se alejaba de la fe de Cristo, y más aún del reconocimiento y de la observancia de su ley; mensaje contra una concepción del mundo para la cual la doctrina de amor y de renuncia del Sermón de

la montaña y la divina acción de amor de la Cruz eran escándalo y locura. Como un día el precursor del Señor, a los que le preguntaban con deseo de instruirse, proclamaba: «He aquí el Cordero de Dios», para prevenirles que el deseado de los pueblos, si bien todavía desconocido, moraba en medio de ellos; de la misma manera, el representante de Cristo, con aquel poderoso grito de conjuero «He ahí vuestro Rey», se dirigía a los renegados, a los dudosos, a los indecisos, a los fluctuantes, que o se negaban a seguir al Redentor glorioso viviente y operante siempre en su Iglesia, o lo seguían con descuido y flojedad.»

«De la difusión y del arraigo del culto del Divino Corazón del Redentor, que encontró su espléndida corona no sólo en la consagración del género humano al declinar del pasado siglo, sino aun en la introducción de la fiesta de la Realeza de Cristo, han brotado innumerables bienes para un sinnúmero de almas: *impetuoso río alegre la ciudad de Dios*. ¿Qué época necesitó más que la nuestra de tales bienes? ¿Qué época sufrió el tormento de vacío espiritual, de profunda indigencia interior, más que la nuestra, a pesar de toda clase de progresos en el orden técnico y puramente civil? ¿No se le puede, quizá, aplicar la palabra reveladora del Apocalipsis: "Dices: rico soy y opulento, y de nada necesito; y no sabes que eres misero y miserable y pobre y ciego y desnudo"»?

»¿Cabe obligación mayor y más urgente que la de evangelizar las inconmensurables riquezas de Cristo a los hombres de nuestra época? Cabe cosa más noble que desplegar al viento *las banderas del Rey* ante los que siguieron y siguen banderas falaces, y reconquistar para el victorioso estandarte de la Cruz a los que lo han abandonado?

«Horas de máxima indigencia... de penosa desilusión.»

«¡Debemos levantar los ojos hacia el único de quien viene la salvación del mundo!»

»En el momento en que escribimos estas líneas, venerables hermanos, nos llega la espantosa noticia de que, no obstante todos nuestros esfuerzos por conjurarlo, el terrible huracán de la guerra se ha desencadenado ya. Nuestra pluma quisiera detenerse ante el pensamiento que nos abruma del abismo de sufrimientos de un sinnúmero de personas a las que todavía ayer sonreía un rayo de modesto bienestar en el ambiente familiar. Nuestro corazón paternal se llena de angustia al prever todo lo que podrá brotar de la tenebrosa semilla de la violencia y del odio a los que la espada abra hoy surcos sangrientos. Pero precisamente ante estas apocalípticas previsiones de inminentes y futuras desventuras, juzgamos como deber nuestro levantar con creciente insistencia los ojos y los corazones de los que todavía conservan un sentimiento de buena voluntad hacia el único de quien viene la salvación del mundo; hacia el único que con mano omnipotente y misericordiosa puede poner fin a esta tempestad; hacia el único que con su verdad y su amor puede iluminar las inteligencias y encender los ánimos de una parte tan ingente de la humanidad, sumergida en el error, en el egoísmo, en altercados y en luchas, para encaminarla nuevamente conforme al espíritu de la realeza de Cristo.

»Tal vez, ¡Dios lo quiera!, se puede esperar que esta hora de máxima indigencia cambie la manera de pensar

y de sentir de muchos que, hasta ahora, con ciega confianza, avanzaban por el camino de los errores modernos, tan extendidos, sin sospechar lo insidioso o incierto del terreno que pisaban. Tal vez muchos que no entendían la importancia de la misión educadora y pastoral de la Iglesia, comprenderán ahora mejor sus amonestaciones, que ellos desatendieron con la falsa seguridad de tiempos pasados. Las angustias presentes son la apología más impresionante del Cristianismo, tal que no la puede haber mayor. De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos, que constituyen una condenación cuya eficacia supera a toda refutación teórica.

»Horas de tan penosa desilusión son frecuentemente horas de gracia: un pasar del Señor: «transitus Domini», en el que a la palabra del Salvador: «He aquí que estoy a la puerta y llamo», se abren puertas que de otro modo permanecerían cerradas...

«Hablaban de progreso cuando retrocedían...» «Hoy han caído las orgullosas ilusiones de un progreso indefinido.» «Todos miran con espanto el abismo...»

»Narra el sagrado Evangelio que cuando Jesús fué crucificado las tinieblas invadieron toda la superficie de la tierra: símbolo espantoso de lo que sucede y sigue sucediendo espiritualmente, dondequiera que la incredulidad, ciega y orgullosa de sí, ha excluido de hecho a Cristo de la vida moderna, especialmente de la pública; y con la fe en Cristo ha sacudido también la fe en Dios. Los criterios morales según los cuales en otros tiempos se juzgaban las acciones privadas y públicas, como por consecuencia, han caído en desuso; y el tan decantado laicismo de la sociedad, que ha hecho cada vez mayores progresos, sustrayendo al hombre, la familia y el Estado al influjo benéfico y regenerador de la idea de Dios y de la enseñanza de la Iglesia, ha hecho reaparecer, aun en regiones en que por tantos siglos brillaron los fulgores de la civilización cristiana, las señales de un paganismo corrompido y corruptor, cada vez más claras, más palpables, más angustiosas: «Tenebræ factæ sunt dum crucifixerint Iesum».

»Muchos, tal vez al alejarse de la doctrina de Cristo no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso espejismo de frases brillantes que proclamaban aquella separación como liberación de la servidumbre en que anteriormente estuvieron retenidos; ni preveían las amargas consecuencias del lamentable cambio entre la verdad que libra y el error que conduce a esclavitud; ni pensaban que, renunciando a la ley de Dios, infinitamente sabia y paterna, y a la unificadora y ennoblecadora doctrina de Cristo, se entregaban al arbitrio de una prudencia humana pobre y mudable: hablaban de progreso cuando retrocedían; de elevación cuando se degradaban; de ascensión a la madurez cuando se esclavizaban; no percibían la vanidad de todo esfuerzo humano para sustituir la ley de Cristo por algo que la iguale: se infatuaron en sus pensamientos.

»Hoy todos miran con espanto el abismo al que han llevado los errores por Nos estigmatizados y sus consecuencias prácticas. Han caído las orgullosas ilusiones de un progreso indefinido y si todavía alguno no estuviere despierto, la realidad trágica le sacudiría con las palabras del Profeta: Sordos, oíd, y ciegos, ved.»

El fracaso de la Sociedad de Naciones

Este signo de desastres apocalípticos que es el siglo xx puede decirse que en realidad comienza cuando en agosto de 1914 resonaron los cañonazos que anunciaban el comienzo de la primera guerra mundial, la de 1914-1918.

Hasta entonces había durado la luna de miel del liberalismo. Cuarenta y cinco años de paz, desde la guerra franco-prusiana de 1870, turbados casi exclusivamente por guerras de tipo colonial y por la guerra de los Balcanes, prólogo del trágico drama representado dos años después. La vida era fácil y aunque algunos videntes anunciaban épocas malas y desastres, se tomaban poco en serio tales profetas agoreros.

El anciano y santo Pontífice Pío X bajó al sepulcro, a los pocos meses de empezada la guerra, con el corazón destrozado. Hijo de humildísima familia, había sido párroco en diversos pueblos, conocía bien la vida de la gente sencilla y presentía el alud de desgracias que sobre ellos y sobre todo el mundo iba a desencadenar la guerra que empezaba. Le sucedió en el solio pontificio Benedicto XV, de aristocrática familia italiana y diplomático hábil y, más que esto, de franco espíritu sobrenatural. **CRISTIANDAD** ha dedicado uno de sus primeros números, el 16, de 15 de noviembre de 1944, a este Papa y a su misión de paz.

Durante cuatro años y tres meses se cernió sobre Europa el espectro de la guerra. Somme, Aisne, Verdún, Yvres y otros nombres evocan el horror de la gran tragedia en que murieron millones de hombres y otros millones más quedaron destrozados física y moralmente. Lo más florido y prometedor de la juventud de Alemania y Austria-Hungría, de Francia, de Inglaterra y de Italia cayó en los campos de batalla.

En el transcurso de la guerra, el Papa Benedicto XV publicó unos puntos para servir de base a una avenencia entre los beligerantes y de fundamento a una paz justa. El revuelo que causaron en las logias masónicas fué grande, ya que no podía permitirse que fuese el Pontífice Romano quien diera la pauta para la próxima paz, y la Iglesia Católica se apuntara este triunfo. Entonces fué cuando el Presidente de los Estados Unidos, Wilson, dió a conocer sus famosos «catorce puntos» coreados por todos los elementos anticatólicos del mundo entero. La prueba del origen masónico de tal programa se ha dado repetidas veces y no hemos de detenernos ahora en ello.

El 11 de noviembre de 1918, en Compiègne se firmó el armisticio que puso fin a la guerra, y el 28 de junio de 1919, en Versalles, el tratado de paz entre Alemania y los aliados, seguido de otros tratados con los restantes países amigos de Alemania. Todos estos tratados se inspiraban en los puntos de Wilson.

Uno de ellos decía: «Es necesario que se forme entre las naciones una asociación general en virtud de convenciones concretas, a fin de procurar a todos los Estados, lo mismo grandes que pequeños, garantías mutuas de independencia e integridad territorial.» Este punto fué el que dió origen a la «Sociedad de Naciones». La sede fué Ginebra, la antigua metrópoli del Calvinismo, padre de la democracia moderna. El hecho no deja de ser significativo, aunque tal vez no se pensara en ello al escoger esta ciudad.

La creación de un organismo destinado a regular las relaciones interestatales y evitar la explosión de otra guerra fué recibida con entusiasmo por el mundo entero. Las

esperanzas que en el mismo se pusieron fueron grandes; todo el mundo, o poco menos, se felicitaba de su nacimiento y esperaba que marcara el comienzo de una época nueva y mejor aún, que alejaría de una manera indefinida el fantasma de una nueva guerra. El mundo entero deseaba la paz, una paz duradera. Pero el artículo décimo dió origen al primer tropiezo. Reza el texto: «Los miembros se comprometen a respetar y mantener contra cualquier opresión exterior la integridad territorial, la independencia política presente de todos los miembros de la Sociedad.» El Senado norteamericano creyó que esta cláusula mermaba sus atribuciones y votó contra la participación de los Estados Unidos en la nueva Sociedad de Naciones. La gran democracia americana, que era en realidad el padre del recién nacido, empezaba repudiándolo, por lo cual perdía gran parte de su integridad. Empezaban los desengaños.

Los primeros tiempos de la Sociedad de las Naciones fueron de una indudable buena fe, al menos dentro de ciertos límites, aun supuesto el espíritu laico y masónico que siempre dominó en ella. Era la época de las tentativas de la amistad franco-alemana, representadas por Briand y Stressemann, que culmina con los acuerdos de Locarno en diciembre de 1925, conjunto de acuerdos bilaterales garantizados por Inglaterra e Italia en relación con las fronteras de Alemania, Francia y Bélgica, y el pacto Briand-Kellogg, en que se convenía en renunciar a la guerra como medio de resolver las diferencias entre los pueblos.

Pero bien pronto la cosa empezó a enredarse cuando se trató de cuestiones prácticas. Los Estados acalaban los fallos, si les eran favorables, y prescindían de ellos en caso contrario. Uno de los asuntos que más tinta hizo correr y más desprestigió a la Sociedad de Naciones fué precisamente el que debía ser el fundamental: el del desarme.

En el tratado de Versalles se había determinado que el desarme que se imponía a Alemania fuera sólo precursor del desarme total. Alemania, que se hallaba en la Sociedad de las Naciones en inferioridad moral, y Rusia, cuyo representante Litvinof tenía la misión de sembrar siempre la discordia, exigieron el cumplimiento de aquella promesa, a lo cual, por lo menos en teoría, no podían negarse los países vencedores en la anterior lucha.

La discusión, de no haber sido trágica, habría sido altamente cómica. Comisiones y subcomisiones, proyectos preparatorios y antipreparatorios. De aquí no se pasó. Ni pudieron siquiera ponerse de acuerdo acerca de qué armas eran ofensivas y qué otras defensivas, ni llegar a una definición de Estado opresor. El fracaso fué estrepitoso y sirvió maravillosamente a Hitler para tronar contra el «Diktat» de Versalles, ganar los adeptos que debían llevarle al poder y, una vez Canciller, proceder decididamente al rearme de Alemania, que precedía a la nueva guerra.

El conflicto chino-japonés determinó la salida del Japón de la Sociedad de Naciones. El italo-etíope y las sanciones decretadas contra Italia llevaron también a ésta a abandonar el organismo ginebrino. Alemania había salido de él anteriormente. La Sociedad de las Naciones perdió rápidamente el poco prestigio que conservaba.

La tentativa de organizar el mundo y darle la paz bajo los principios masónicos y prescindiendo de Dios y de la Iglesia habían sido un insigne fracaso, pese a la buena

PLURA UT UNUM

fe que pueda reconocerse en alguna de las principales figuras que allí se movían, como antes hemos dicho, lo cual hace aun más significativo su fracaso.

El naturalismo, que había dominado durante quince años como señor absoluto en la lucha, y el organismo por él creado mostráronse muy inferiores a su tarea, incapaces de resolver aquello que fué su designio casi exclusivo, es decir, la solución de los conflictos internacionales. Se había abierto la puerta a la nueva y más terrible conflagración, que cubriría al mundo de luto y ruinas, precursora de otras más espantosas aun.

No todos, ciertamente, habían sido víctimas del espejuelo de la Sociedad de Naciones.

No había transcurrido un año de su fundación cuando, el 23 de mayo de 1920, el Papa Benedicto XV, en su encíclica «*Pacem Dei munus*», exhortaba a los pueblos, en un lenguaje sentido y emocionante, a una paz justa y de caridad. «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», y añadía a renglón seguido: «Y si alguna vez es demasiado arduo y difícil sujetarse a esta ley, para vencer toda dificultad nos asiste el Divino Redentor del humano linaje, no sólo con el oportuno auxilio de la gracia, sino también con su propio ejemplo, pues cuando pendía en la cruz, excusando ante el Padre a aquellos mismos que tan injusta e indignamente le atormentaban, decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"».

Resulta clarísimo que el Pontífice eleva la cuestión y la lleva al orden sobrenatural, y es por esto que encuentra resistencia velada o manifiesta en casi todas partes. Hoy está de moda buscar las soluciones a estos problemas en el orden económico o político. Dios, cuando se cree en Él, está muy lejos, no se preocupa del hombre, y si lo hace, o quería hacerlo, ocurre que el hombre lo ha nombrado Rey constitucional, que reina y no gobierna, y es el mismo hombre quien se ha nombrado a sí mismo jefe del gobierno de Dios. Pero el Papa nos habla vigorosamente en lenguaje sobrenatural, y por este camino hemos de seguirle si queremos penetrar hondamente sus intenciones y entenderlo debidamente.

Más adelante reclama la misión de llevar la paz a los espíritus para la Iglesia, «que, como heredera, guarda el espíritu de Jesucristo», y añade a continuación estas palabras, de tan grande actualidad en los momentos presentes: «A este propósito han de ser también advertidos y encarecidamente rogados los católicos que escriben libros, comentarios o periódicos, para que, como escogidos de Dios, santo y amado, procedan con entrañas de misericordia y benignidad, y la reflejen en sus escritos, no sólo absteniéndose de falsas y vanas recriminaciones, sino también de toda violencia y contumelia de lenguaje, lo cual, sobre ser contrario a la ley cristiana, puede rozar cicatrices mal cerradas, sobre todo cuando el ánimo, recién herido, no sufre ni el más ligero roce injurioso.»

Las palabras del Pontífice cayeron en el vacío. Los poderosos de la tierra no las oyeron y el «*Vae victis*» de Versailles siguió adelante.

Por esto, dos años y medio más tarde, el 23 de diciembre de 1922, resuena amargamente la palabra del nuevo Papa, Pío XI, en su primera y admirable encíclica (fragmentos de la cual se han publicado en nuestra revista) «*Ubi arcano Dei consilio*».

Cuando todavía en el mundo se esperaban grandes cosas de la Sociedad de Naciones, dice que «admirablemente cuadran a nuestra época aquellas palabras de los profetas: Esperamos la paz y este bien no vino; el tiempo de

curación y he aquí el terror; el tiempo de restaurarnos y he aquí a todos turbados. Esperábamos la luz y he aquí las tinieblas...; y la justicia y no vino; la salud, y se ha alejado de nosotros.»

Hace un magnífico análisis de la sociedad de aquel momento y advierte que faltan la paz internacional, social, política, doméstica y religiosa; busca las causas de ello y las descubre en el olvido de la caridad, en el ansia inmoderada de los bienes de la tierra (recordemos a Pío XII), en las tres concupiscencias, en el olvido de Dios y en la exclusión de Dios de la familia.

Pero la palabra del Papa, aunque amarga, es confortadora. Describe, ciertamente, el cuadro más sombrío, pero también nos indica el remedio de tantos y tan graves males. Y no halla más que uno: la paz de Cristo, de la cual es depositaria la Iglesia Católica; y así afirma taxativamente:

«Hay una institución divina que puede custodiar la santidad del derecho de gentes; institución que a todas las naciones se extiende y está sobre las naciones todas, provista de la mayor autoridad y veneranda por la magnitud del magisterio: la Iglesia de Cristo; y ella es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio, ya por el mandato divino, ya por su misma naturaleza y constitución, ya por la majestad misma que le dan los siglos, que ni con las tempestades de la guerra quedó maltrata, antes, con admiración de todos, salió de ella más acrecentada.»

«Síguese, pues, que la paz digna de tal nombre, a saber, la tan deseada paz de Cristo, no puede existir si no se observan fielmente por todos en la vida pública y en la privada, las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo; precisa que, así constituida ordenadamente la sociedad, pueda por fin la Iglesia, desempeñando su divino encargo, hacer valer los derechos todos de Dios, lo mismo sobre los individuos que sobre las sociedades.»

«En esto consiste lo que con breve fórmula llamamos el reinado de Cristo.»

No se puede ser más explícito. Se desprende claramente que, según el Vicario de Cristo, sólo la Iglesia es capaz de dar al mundo la tan ansiada paz.

Se dirá acaso que cuando Pío XI escribió lo que acabamos de transcribir no estaba el mundo preparado para acudir a Roma, oír al Vicario de Cristo y poner en sus manos la suerte de su destino. El argumento carece de valor. ¿Es que acaso estaba más preparado el mundo romano cuando los Apóstoles empezaron a predicar el Reino de Cristo? Y más recientemente, refiriéndonos ya a nuestra época, ¿es que se hizo caso a Pío X cuando condenaba el modernismo y señalaba los peligros de sus doctrinas? ¿O cuando León XIII condenaba el liberalismo, o Pío IX anatematizaba los errores de su tiempo, mucho menos corrompido? Por cierto que el Syllabus se tomó como símbolo de la intransigencia de la Iglesia, que no sabía adaptarse a las necesidades de los tiempos modernos.

Formulismos; pues, ¿qué otra cosa puede decir el Papa? Esta es la sutil excusa con que se responde a las amonestaciones del Pontífice, para no pensar ya más en ellas.

Entretanto, resulta que las soluciones naturalistas han fracasado; los odios, las ruinas, los peligros son cada vez mayores, y cada día nos hundimos más en la charca pútrida de egoísmo, sensualidad y anarquía. Nunca con más razón pudo decirse que «aquellos polvos trajeron estos lodos».

Domingo Sanmartí Font

La aleccionante experiencia de la O. N. U.

«Disminuye de día en día la esperanza de hallar solución para una pacífica reconstrucción de la sociedad humana.»

(Véase CRISTIANDAD núm. 138, pág. 515)

«La paz está en nuestras manos...»

A Edward Stettinius, Secretario de Estado norteamericano, la proximidad de la victoria aliada en Europa y en el Pacífico tuvo la virtud de perturbarle en gran parte el sentido de las proporciones y de las posibilidades. Y, sin embargo, algo de verdadero se ocultaba, quizá inconscientemente, en las palabras pronunciadas en tono tajante y definitivo en la sesión plenaria de la Conferencia de San Francisco del día 26 de abril de 1945.

Tanto si sus afirmaciones se limitaban a recoger el ambiente de la sala donde se reunían los representantes de los Estados coaligados contra Alemania y el Japón, como si resumían consignas y directrices de otros medios ocultos en la penumbra, no podían menos de levantar sonrisas y escepticismos entre los no iniciados, pero también suscitar fundados temores ante el nuevo organismo internacional que se trataba de crear en la ciudad meta y emporio del oeste americano.

Las palabras de Stettinius fueron las siguientes: «Ahora, la más profunda esperanza y el más alto propósito de toda la humanidad —la paz duradera— está en nuestras manos. Nosotros somos también precursores de una nueva ruta. Habrá muchos obstáculos y muchos peligros, pero debemos invocar el valor de los que vinieron a California antes que nosotros —a través de terrenos inexplorados hacia las riberas de este gran océano bautizado en honor de la paz— al iniciar nuestras tareas.»

Propósitos desmedidos, esperanzas injustificadas. Si la paz del mundo, la paz verdadera —duradera, en expresión de Stettinius— había de ser fruto de la coalición de ideologías y esfuerzos de los reunidos en San Francisco, ¿no cabía temer de antemano un fracaso espectacular, al menos en lo que cabe en la consecución de tan alta y decisiva finalidad?

Más todavía. Se comenzaba hablando de conservar la paz, cuando la paz estaba —y está todavía— muy lejos de haberse conseguido. Ciertamente que la guerra parecía haber entrado en su última fase pero el fragor de las armas ensordecía aún los oídos de los forjadores del futuro orden mundial. Y no obstante, nadie hablaba de establecer, ante todo, las bases sobre las que habría de edificarse el edificio de la paz; todavía sonaban en muchos labios voces de odio y de represalia.

La guerra mundial terminaría y se ignoraban los fundamentos en que descansarían las relaciones entre los pueblos, entre los vencedores y los vencidos. La Conferencia de San Francisco no era, por consiguiente, la conferencia de la paz: era la conferencia de una postpaz —y perdónese el vocablo—; se comenzaba así la construcción por el tejado; se trataba de conservar una paz, de realizar el sueño de una paz indefinida, cuando la paz estaba ausente, cuando muchos despreciaban la paz digna de este nombre, cuando en la mente de algunos hombres de Estado y de dirigentes de secta flotaba la ilusión de un mundo sometido a la tiranía y al despotismo más cruel y despiadado.

Lo subrayaba explícitamente el representante británico, Eden, en su discurso: «No nos hemos reunido aquí para redactar los términos del tratado de paz, sino para ponernos de acuerdo sobre el establecimiento de un organismo mundial que mantenga la paz, cuando haya sido alcanzada la victoria sobre Alemania y el Japón. El ob-

jetivo de la Conferencia quedaba, así, bastante minimizado. No era ya la paz auténtica la que se buscaba; era tan sólo el mantenimiento de un *statu quo* al término de las hostilidades, la conservación de un estado de hecho, en el que las armas permanecerían silenciosas, pero preparadas y dispuestas.

Insistía el señor Eden en el punto de vista mantenido por el Secretario del Departamento de Estado norteamericano, sobre el hecho de que la consecución de la paz radicaba en la voluntad y en las posibilidades de los Estados cuyos representantes asistían a la conferencia, y, abundando en este mismo criterio, añadía: «A través de la Historia, la humanidad ha intentado varias veces solventar las disputas entre naciones por acuerdo mutuo y no por la fuerza, mediante la creación de una maquinaria internacional. Nadie duda ahora de que, no obstante los fracasos anteriores, hemos de volver a intentarlo y esta vez con éxito» (1).

A pesar de estas frases optimistas, ¡cuán lejos estaba el mundo de ese presuntuoso convencimiento! ¡Cuán alejados se hallaban ahora los pueblos de aquella ilusión con que fué acogido el nacimiento de la Sociedad de Naciones!

Desconfianza e indiferencia

Contra todos los pronósticos de los hombres de Estado y de ciertas organizaciones interesadas, las Naciones Unidas salían a la pública luz entre el más completo escepticismo de la opinión mundial. Nadie creía en su virtud ni en su eficacia. «Los que han estado en San Francisco y en Londres —constataba un año más tarde Paul-Boncour— no han encontrado el entusiasmo y la fe que animó nuestros trabajos en los hermosos días de la Sociedad de Naciones. El fracaso de ésta contribuye a mirar con desconfianza los destinos de la otra. Y las opiniones públicas... son indiferentes o desconfiadas» (2).

Entre un ambiente frío, cuando no hostil, no obstante las exultaciones de sus propugnadores y acérrimos defensores, la Conferencia de San Francisco aprobaba el texto definitivo de la «Carta» que fijaba los fines de las Naciones Unidas, sus métodos y sus procedimientos.

En cuanto a los primeros, la «Carta» se expresaba en los siguientes términos: «Mantener la paz y la seguridad internacionales. A este fin se tomarán medidas colectivas para evitar y prevenir las amenazas a la paz, para reprimir actos de agresión u otras violaciones de la paz y para lograr, mediante medios pacíficos y de acuerdo con los principios de la justicia y del derecho internacional, el arreglo o solución de las disputas o situaciones internacionales que pueden producir la violación de la paz.

»Fomentar las relaciones amistosas entre las naciones, fundadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y de la autodeterminación de los pueblos y tomar medidas adecuadas para robustecer la paz internacional.

»Lograr la colaboración internacional en la solución de los problemas de carácter económico, social, cultural o humanitario y fomentar y estipular el respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales para todos, sin distinción de raza, sexo, idioma o religión.

(1) Discurso del Sr. Eden en la Conferencia de San Francisco. 27 de abril de 1945.

(2) Discurso de J. Paul-Boncour, delegado de Francia, en la 21.ª y última sesión de la Asamblea de la Sociedad de Naciones (8-18 de abril de 1946).

»Convertirse en centro armonizador de los actos de las naciones, para el logro de estos fines comunes.»

Hasta aquí el artículo primero de la «Carta». La finalidad no podía ser más ambiciosa: Evitar y prevenir las amenazas contra la paz, arreglar las disputas internacionales, solucionar los problemas de tipo cultural, social, etc., defender las libertades fundamentales y ser, en suma, un centro armonizador de las distintas actividades nacionales.

El texto traslucía a todas luces la euforia de los vencedores, unidos entre sí por lazos que a ellos parecían irrompibles. Quizá en el fondo de esa organización internacional de las Naciones Unidas existiese, más que un sincero deseo de pacífica convivencia entre todos los pueblos, el afán de tener sujeta a la humanidad entera a las decisiones de las grandes potencias, cuyos dirigentes responsables iban a repartir su influencia sobre el mundo, para mantenerlo bajo su soberano arbitrio, que es tanto como decir, en este caso, bajo el despótico poder de ideologías contrarias a la Verdad y al Bien.

«Las Naciones Unidas permanecerán unidas...»

Un párrafo del discurso de clausura pronunciado por el señor Truman revela hacia dónde hubiese sido dirigido el mecanismo de la O. N. U., si las pasiones y las discordias entre los poderosos de la tierra no hubiesen roto la unanimidad de que tanta gala hicieron, orientales y occidentales, en San Francisco y en el período inicial de la postguerra.

Dijo el señor Truman: «Todo el fascismo no ha muerto con Mussolini. Hitler también ha terminado, pero la simiente sembrada por su cerebro desordenado tiene firmes raíces en demasiadas mentes fanáticas. Es más fácil eliminar a los tiranos y destruir los campos de concentración que matar las ideas a las que ellos dieron nacimiento y vigor. La victoria en el campo de batalla era esencial, pero el mundo debe estar dispuesto resueltamente a aba-

tir el espíritu del mal que se ha cernido sobre el mundo en la última década.»

Y añadía estas significativas palabras: «Las fuerzas de la reacción y de la tiranía en todo el mundo tratan de impedir que las Naciones Unidas continúen disfrutando de su unidad. Aun en los momentos en que la máquina militar del Eje era destruida en Europa, esas fuerzas seguían tratando de dividirnos. Fracasaron, pero volverán a intentarlo. Lo intentan ahora. Dividir y conquistar era y sigue siendo su plan. Continúan tratando de hacer que cada uno desconfíe del otro, odie al otro, abandone al otro. Mas sé que hablo por cada uno de vosotros cuando digo que las Naciones Unidas permanecerán unidas, y que no serán divididas por la propaganda, ni antes ni después de la rendición de los japoneses» (3).

¿A qué fuerzas se refería el señor Truman? No podían ser ni el fascismo ni el nacionalsocialismo; tampoco podía ser el comunismo, íntimamente unido, entonces, con los portavoces del liberalismo democrático. ¿Quiénes eran, pues, los que aspiraban a dividir y a conquistar, a lograr la división entre los «grandes»?

En el fondo de tales afirmaciones apuntaba una intención evidentemente sectaria. En la apoteosis del triunfo, con la bomba atómica al alcance de sus manos, el señor Truman creía, tal vez, que podía disponer a su antojo, de acuerdo con el comunismo internacional, del porvenir del mundo, de imponer las funestísimas ideologías y directrices que marcaron los fines específicos de la guerra en el bando aliado. Sus terminantes palabras: «las Naciones Unidas permanecerán unidas y no serán divididas por la propaganda, ni antes ni después de la rendición de los japoneses», muestra bien a las claras el convencimiento de que la amistad de los países liberales con la U. R. S. S. y sus satélites permanecería firme, por lo menos hasta conseguir dar al mundo una nueva ordenación acorde con las libertades «fundamentales», según la interpretación del liberalismo o, en su caso, del sistema soviético.

Semillas de discordia y de intranquilidad

De esta convicción, de esta orgullosa suficiencia, de esta trágica amalgama, nacieron todas las desdichas y calamidades que viene padeciendo la humanidad desde la terminación de las hostilidades. Del somero análisis de los principios constitutivos de la O. N. U., de sus finalidades y de sus recursos, fué muy fácil predecir su total inutilidad en orden a la instauración y conservación de la paz: en las falsas alegrías que despertó en la mente de muchos la nueva era de fraternidad liberalcomunista se adivinaban las más fructíferas semillas de discordia, de intranquilidad y de gravísimas fricciones, capaces de abocar al mundo a una nueva catástrofe (4).

Cuando, en el mes de agosto de 1947, el señor Truman envió por medio de su representante personal, Myron C. Taylor, una misiva al Papa, en la que hacía constar su deseo «de cooperar con los esfuerzos de Vuestra Santidad y los de todos los Jefes de las fuerzas morales del mundo», confesaba, aparte quizá de otros designios de mayor alcance, el rotundo fracaso de los instrumentos forjados en Yale, en Dumbarton Oaks, en San Francisco. Era inútil que el señor Truman señalase en la expresada carta haberse logrado «el establecimiento de una paz justa y duradera», ya que, como afirmaba poco después, «las tareas frente a las que ahora nos hallamos son formidables» y «los problemas planteados por la guerra y otros nuevos, todavía sin resolver, van acompañados por múltiples desánimos» (5).

El fracaso de la O. N. U. era ya evidente, incluso a los ojos de los incautos y de los ilusos. Los remedios para-



C. H. Hambro (Noruega), Cecil of Chelwood (G. Bretaña) y J. Paul-Boncour (Francia) en la última Asamblea de la Sociedad de Naciones

(3) Discurso de Truman en San Francisco, 26 de junio de 1945.

(4) Véase *Catolicismo o barbarie*, por José-Oriol Cuffi Canadell, pág. 115.

(5) Obra citada, págs. 131 y 132.

mente humanos se mostraban, una vez más, insuficientes para solucionar las gravísimas cuestiones planteadas a los pueblos y a la sociedad universal.

¡Lástima que el señor Truman no reconociera esta gran verdad! ¡Cuánta pena causa la lectura detenida de su citada carta, cuando, a pesar del gran fracaso, que reconoce a regañadientes, pretende nada menos que comprometer al Papa y a la Iglesia a unir sus esfuerzos con las aspiraciones morales que «están en todas las iglesias y las escuelas»!

¡Y qué contraste más aleccionador, sin embargo, con sus primitivas invectivas contra «las fuerzas de la reacción», que trataban de enemistar a las naciones «unidas»!

Bastó muy poco tiempo para que todo el edificio levantado por el espíritu de secta se viniese abajo, y la discordia, cuando no el insulto más soez, se cobijase en el seno de la organización creada para mantener las relaciones pacíficas entre los Estados.

Esperamos la paz y este bien no vino (Leí. 8, 15)

No nos detendremos a examinar las actividades y resoluciones de la O. N. U. para demostrar su total ineficacia. Están en el fácil recuerdo de todos, las reuniones de los Consejos y Asambleas de la misma, para que repitamos de nuevo citas prolijas completamente innecesarias. Baste decir que excepto en la «creación» del llamado Estado de Israel y a algunos acuerdos secundarios, no se ha logrado nunca el acuerdo unánime de las grandes potencias, en el cual descansa precisamente el montaje de esta organización.

Pero es necesario tener una visión de conjunto de esta ficción de paz y estabilidad que caracteriza esta postguerra, fruto natural de una labor de la que ha sido alejado Dios y su Iglesia Santa, y que constituye la más clara confirmación de las palabras de la Sagrada Escritura: «Los que abandonaron al Señor serán consumidos» (Is., 1, 28); «Sin mí no podéis hacer nada» (Io., 15, 5); «El que no allega conmigo, dispersa» (Luc., 11, 23). Para ello, nada mejor que recordar algunos pasajes de diversos discursos y mensajes de Su Santidad el Papa felizmente reinante, Pío XII.

¿LA VERDADERA PAZ? NO; ÚNICAMENTE LA POSTGUERRA

En su discurso al Sacro Colegio Cardenalicio, en la vigilia de Navidad de 1945, recientes todavía las inflamadas frases pronunciadas en la Conferencia de San Francisco, prometedoras de una paz universal y permanente en el mundo, el Santo Padre decía:

«¿La paz en la tierra? ¿La verdadera paz? No; sino únicamente la postguerra de expresión dolorosa y aun demasiado significativa. ¡Cuánto tiempo será menester para curar el malestar material y moral, cuántos esfuerzos para cicatrizar tantas llagas! Ayer se sembraron destrucciones, calamidades y miserias sobre territorios inmensos, y hoy, que se trata de reconstruir, los hombres comienzan apenas a darse cuenta de cuánta perspicacia y sagacidad, cuánta rectitud y buena voluntad son necesarias para conducir nuevamente un mundo de devastaciones y ruinas físicas y espirituales al derecho, al orden y a la paz». Y señalaba, a continuación, «en esta hora en que celebramos el nacimiento de Aquel que vino a reconciliar a los hombres con Dios y entre sí mismos», y cuando las clases diferentes «en el Estado, en la política y en la economía» se disponían a edificar la obra de la paz, los presupuestos fundamentales de una paz verdadera y durable: «Los motivos de odio, venganza, rivalidad, antagonismos de desleal y baja competencia, deben estar lejos de las discusiones y resoluciones políticas y económicas... Un peso y medida para dar y otro peso y medida para recibir,

son dos cosas que Dios abomina... Es necesario que en todas partes se renuncie a crear artificialmente con el poder y el dinero una arbitraria censura de juicios unilaterales y de falsas afirmaciones, lo que se ha dado en llamar opinión pública, que mueve el pensamiento y la voluntad de los electores como cañas agitadas por el viento... El edificio de la paz descansaría sobre una base amenazada siempre de hundirse, si no se pusiese fin a semejante totalitarismo, que reduce al hombre a no ser más que una ficha insignificante en el juego político y un número en los cálculos económicos... Frente a este innegable estado de cosas, sólo queda una solución: la vuelta a Dios y al orden establecido por Dios... volver al orden puesto por Dios en las relaciones entre Estados y pueblos y volver a un verdadero cristianismo en el Estado y entre los Estados. *No se diga que ésta no es una política realista.* La experiencia había debido enseñar a todos que la política orientada hacia las eternas verdades y las leyes de Dios es la más real y concreta de todas las políticas. Los políticos realistas que piensan de otra manera no crean sino ruinas».

EL MUNDO ESPERA TODAVÍA QUE EL DERECHO Y LA LEY ESTABLEZCAN CONDICIONES ESTABLES PARA LOS HOMBRES Y PARA LAS SOCIEDADES

Junio de 1947. En un discurso ante el Sacro Colegio Cardenalicio, el Romano Pontífice se expresaba en la siguiente forma:

«¡Año 1947! ¿Qué juicio darán de él los siglos venideros? Ya ha llegado casi a la mitad de su carrera, y hasta ahora, hasta este momento en que os hablamos, ¿ha conseguido hacer ver al mundo algo más que la antítesis aparentemente irreconciliable entre el terrible aluvión de los problemas que deben resolverse y en los que se hunde y se enreda, en la humillante pobreza de sus creaciones?...

»Las heridas causadas por la guerra no han cicatrizado todavía, y, lo que es peor, algunas se han profundizado e irritado. ¿Se ha hablado nunca tanto de una *seguridad general* que hubiera debido ser el fruto de la victoria? Pero, ¿dónde está? ¿Se ha desvanecido acaso, o atenuado al menos, la impresión de incertidumbre y el miedo de la guerra?...

»También se ha hablado mucho de una cierta *prosperidad mundial* que habría debido igualmente madurar como fruto de la victoria. ¿Dónde está?...

»También se ha hablado tanto de la reglamentación de la libertad, que sería otro fruto exquisito de la Historia, libertad triunfante del arbitrio y de la violencia. Pero esta libertad solamente puede florecer donde el derecho y la ley imperan y aseguran eficazmente el respeto a la dignidad, así de los particulares como de los pueblos. *Entretanto, está todavía el mundo esperando y pidiendo que el derecho y la ley establezcan condiciones estables para los hombres y para las sociedades.* Entretanto, millones de seres continúan viviendo bajo la opresión y la tiranía. No hay seguro nada para ellos: ni el hogar, ni los bienes, ni la libertad, ni el honor; y así se apaga en su corazón el último rayo de serenidad, la última centella de entusiasmo» (6).

HAY QUE VOLVER AL RECTO CAMINO

En su Encíclica *Optatissima pax*, el Papa constataba: «La tan deseada paz, que debe ser la tranquilidad en el orden (7) y la libertad tranquila, tras las cruentas vicisitudes de una larga guerra, *vacila hoy, como todos notan con tristeza y amargura, todavía insegura, y tienen como suspendido en un angustioso afán el espíritu de los pueblos,* mientras que en no pocas naciones, devastadas últimamente por el conflicto mundial y por las destrucciones

(6) Pío XII. Discurso al Sacro Colegio Cardenalicio, 2 de junio de 1947.

(7) Pío XII. Enc. *Optatissima pax*, 18 de diciembre de 1947.

PLURA UT UNUM

nes y miserias que han sido su dolorosa consecuencia, las clases sociales, movidas reciprocamente por amargo odio, amenazan, como todos ven, minar y convertir, con tumultos y turbulencias sin cuento, los conocimientos mismos de los Estados... Son inmensos los males que exigen un inaplazable remedio. Porque, por una parte, en muchas naciones la economía, por los enormes gastos militares y las inmensas destrucciones bélicas, se halla en tal situación de inseguridad y agotamiento, que muchas veces no está en condiciones de resolver los problemas que se van planteando... Tengan todos presente que el acervo de males que en los últimos años hemos tenido que soportar ha descargado sobre la humanidad principalmente porque la religión divina de Jesucristo, que promueve la mutua caridad entre los hombres, los pueblos y las naciones no era como habría debido de serlo, la regla de la vida privada, familiar y pública. Si, pues, se ha perdido el recto camino por haberse alejado de Jesucristo, es menester volver a él, tanto en la vida privada como en la pública.»

EL MUNDO SE HALLA MÁS LEJOS QUE NUNCA DE LA VERDADERA PAZ

Al finalizar aquel mismo año, el Papa recordaba de nuevo la terrible situación de la humanidad, alejada de Jesucristo y de su santa Ley:

«Las fiestas de Navidad y el inminente año nuevo se anuncian con señales y avisos, indicios del futuro. Las tradicionales felicitaciones que en estas circunstancias se hacen los unos a otros, y que suben al cielo en una nube de incienso y de plegaria, ni pueden ni pretenden, a pesar de la íntima sinceridad del afecto que las inspira, hacer perder de vista las circunstancias del momento presente, en el cual *Europa y el mundo entero están en una encrucijada de su propio destino*, cuya gravedad es indudable, cuyo desarrollo hacia el bien o hacia el mal es imposible calcular y cuyas consecuencias no se pueden prever.

»¿Quién hubiera sido capaz de presagiar a la humanidad, cansada de guerra y famélica de paz, *lo que hoy es una dura e innegable realidad*, cuando el año pasado, en esta misma ocasión, dirigíamos nuestro mensaje natalicio a todos los católicos, y, al mismo tiempo, a todos los hombres sensatos y de buena voluntad?...

»Habiendo transcurrido otro año de postguerra, cargado de miserias y sufrimientos, de desilusiones y de privaciones, quien tenga ojos para ver y oídos para oír debe detenerse ante este hecho doloroso y humillante. *Europa y el mundo, hasta la remota y martirizada China, se hallan, hoy más que nunca, lejos de la verdadera paz*, de una com-

pleta y perfecta curación de sus males y de la instauración de un orden nuevo en la armonía, en el equilibrio y en la justicia» (8).

AL BORDE DEL ABISMO

1948. El mundo se halla al borde mismo del precipicio:

«Quienquiera que posea clarividencia, fuerza moral y valor para mirar cara a cara la verdad, *aunque sea penosa y humillante*, tendrá, sin duda, que reconocer que este año 1948, objeto en su aurora de una expectación vivísima y muy justificada, aparece hoy, en su ocaso, como una de aquellas encrucijadas en donde el camino, que antes descubría sonrientes perspectivas, parece ahora, por el contrario, que *va a desembocar al borde de un precipicio* cuyas celadas y cuyos peligros llenan de creciente ansiedad a todos los pueblos nobles y generosos» (9).

Tal es el trágico panorama que ofrece el mundo en los momentos actuales. La inutilidad de los medios humanos para dar a las naciones y a la sociedad universal una paz justa y duradera, no puede ser, a la luz de los diarios acontecimientos, más clara y más terminante.

¿Lo entenderán así los pueblos? ¿Lo comprenderán sus dirigentes responsables?

EL AÑO SANTO PUEDE SEÑALAR EL RETORNO DE LA SOCIEDAD A LOS DESIGNIOS DE DIOS

El Año Jubilar puede significar la cancelación de los viejos errores y de las falaces ilusiones, y el comienzo de un nuevo periodo de ordenada convivencia en la Paz de Cristo. «*Esperamos —dice el Papa— para este Año Santo, el retorno de la sociedad internacional a los designios de Dios*, según los cuales todos los pueblos, en la paz y no en la guerra, en la colaboración y no en el aislamiento, en la justicia y no en el egoísmo nacional, son destinados a formar la gran familia humana, dirigida a la común perfección, *en la ayuda recíproca y en la justa distribución de los bienes, que son tesoro de Dios confiado a los hombres*» (10).

Y añade el Romano Pontífice: «*Si alguna vez parece que hay ocasión propicia para exhortar a los dirigentes de los pueblos a pensamientos de paz, ésta del Año Santo parece la más oportuna*. Ella es y quiere significar también una poderosa llamada y juntamente una contribución a la fraternidad de las gentes.»

José-Oriol Cuffi Canadell

(8) Pío XII. Mensaje de Navidad de 1947.

(9) Pío XII. Mensaje de Navidad de 1948.

(10) Pío XII. Mensaje de Navidad de 1949. (Véase el texto íntegro en este mismo número, pág. 26)



Por el interés de la humanidad doliente y profundamente sacudida material y espiritualmente, Nuestro más ardiente deseo es éste: **que las actuales angustias abran los ojos de muchos para que consideren en su verdadera luz a Jesucristo Nuestro Señor, y la misión de su Iglesia sobre la tierra; y que todos cuantos ejercen el poder se resuelvan a dejar libre el camino a la Iglesia para trabajar en la formación de las generaciones según los principios de la justicia y de la paz.**

PIO XII. Enc. «*Summi Pontificatus*»

LA SOCIEDAD DE NACIONES

Falaces ilusiones...

«Contemplan hecho pedazos el edificio de creencias en el cual humanamente habían confiado y puesto su ideal...»

Pío XII. Mensaje de Navidad de 1943.

El día 8 de abril de 1946 se reunía en Ginebra la 21ª y última sesión de la Asamblea de la Sociedad de Naciones, con el fin de disolver oficialmente el organismo internacional nacido en Versalles y prácticamente fenecido en 1939 al iniciarse la que había de ser la segunda guerra mundial.

Terminaba así en el mayor desastre una experiencia que de antemano estaba condenada al fracaso más absoluto. Lo advertía ya en 1922 Su Santidad el Papa Pío XI, cuando al referirse a la gravedad de los males que aquejaban a los pueblos en los años dolorosos de aquella postguerra, señalaba que «las diversas propuestas y repetidas tentativas de los hombres de Estado para remediar tan tristes condiciones de cosas han sido inútiles, si no es que las han empeorado» (Enc. Ubi arcano). Efectivamente, tras una larga etapa de engaños y de impotencia para hacer frente a los conflictos y dificultades que se fueron sucediendo, la gran catástrofe de la guerra selló sin posible apelación la incapacidad manifiesta de la Sociedad ginebrina para dar al mundo una paz verdadera.

Tal es el sentido primordial de los discursos que se pronunciaron en la postrera reunión de la Sociedad de Naciones. Decepciones, desilusiones, horizontes perdidos. Balance trágico de un breve período histórico lleno, en sus comienzos, de un optimismo que a no tardar había de revelarse vacío y superficial.

Reproducimos, a continuación, breves fragmentos de algunos de los referidos discursos.

Un orden mundial se ha derrumbado y un orden mundial nuevo, que esperamos será mejor, emerge lenta y dolorosamente de las ruinas y del desastre.

No podemos reunirnos aquí sin recordar que nuestra admiración y gratitud se dirigen a quienes fueron los grandes, los intrépidos jefes de pueblos en el transcurso de estos años terribles. Sus nombres están grabados en nuestro corazón como lo estarán en el frontón del porvenir: Churchill, Roosevelt, Stalin, y a su lado recordaremos los nombres de Chiang Kai Shek y De Gaulle.

Discurso de apertura de la XXI Asamblea de la Sociedad de Naciones, pronunciado por su Presidente, C. J. Hambro

* * *

El desencadenamiento de la segunda guerra mundial señala una grave derrota o, mejor aún, un Dunkerque para el ideal de la Sociedad.

Discurso del representante de Africa del Sur, Leif Egeland

* * *

Los que han estado en San Francisco y en Londres no han encontrado el entusiasmo y la fe que animó nuestros trabajos en los hermosos días de la Sociedad de Naciones. El fracaso de ésta contribuye a mirar con desconfianza los destinos de la otra.

Discurso del representante de Francia, Paul-Boncour

* * *

La carta (de la O. N. U.) no es más que una nueva versión del Pacto (de la S. de N.).

Discurso del representante de Cuba, Guillermo de Blanck

* * *

Estoy convencido de que el espíritu que guió a los autores de nuestro Pacto ha inspirado igualmente a los redactores de la Carta de las Naciones Unidas.

Discurso del representante de Nueva Zelanda, C. A. Knowles

Sé bien que un cierto malestar pesa sobre el mundo y que el fracaso de la Sociedad de Naciones nos priva de manifestar jubilosamente nuestra fe y nuestra confianza en la nueva Organización.

Discurso del representante de Grecia, Thanassis Aghnides

* * *

La obra continúa hacia el mismo objetivo, con el mismo ideal, bajo el imperio de las mismas necesidades...

Aportando a las Naciones Unidas nuestra fe y nuestra esperanza, permaneceremos fieles a la Sociedad de Naciones.

Discurso del representante de Bélgica, Maurice Buorquin

* * *

Mis queridos colegas, nuestros trabajos han terminado. Con una elocuencia y una penetración incomparables, el primer delegado del Reino Unido ha manifestado el agradecimiento de su delegación tanto a Suiza y a la ciudad de Ginebra como al Secretariado de la Sociedad de Naciones. Se ha hecho, asimismo, intérprete no sólo de su delegación, sino de cuantas hay aquí presentes, y, en mi calidad de Presidente, no puedo hacer más que asociarme a sus elocuentes y meritorias palabras.

Fué no sin aprensión que en plena guerra, en Londres, junto con el señor Jacklin, y más tarde junto con el señor Lester, examinamos con el señor Noel-Baker la idea de convocar en Ginebra la última Asamblea de la Sociedad de Naciones. Los acontecimientos han justificado nuestra convicción, que era, en efecto, la única manera de poner fin a la existencia activa de la Sociedad por conveniencia y por dignidad.

Hemos tenido la satisfacción de encontrar en las delegaciones de los Países Bajos, de Nueva Zelanda y de Suiza a algunos colegas que asistieron a la sesión inaugural de la Asamblea de la Sociedad; mas si me lo permitís, felicitémonos especialmente de poder saludar en las delegaciones de dos de las más grandes potencias de la Sociedad

PLURA UT UNUM

de Naciones, las personas de lord Cecil y del presidente Paul-Boncour. En sus nombres y también en los memorables discursos que pronunciaron ante esta Asamblea, volvemos a continuar, simbólicamente, la larga cadena de las tradiciones de la Sociedad de Naciones, desarrollando ante nuestros ojos el cortejo de los grandes hombres de Estado, de estos espíritus entusiastas, de estos ardientes partidarios de la Sociedad, de estos portavoces de su país que Mr. Paul-Boncour ha hecho mención. Tienen por nombre Hymans, Balfour, Branting, Nansen, Briand, cuyo recuerdo nos es muy grato; sir Auster Chamberlain y Henderson, y, queridos colegas, no olvidemos en esta última hora de la historia activa de la Sociedad al presidente Woodrow Wilson, cuyo nombre será perpetuado en Ginebra.

Nuestro pensamiento se dirige igualmente hacia algunos de los que, dichosamente, aun viven, pero que no han podido asistir a esta última sesión de la Asamblea, y, ante todo, al gran hombre de Estado del Africa del Sur, el mariscal Smuts, quien contribuyó activamente a preparar el nacimiento de la Sociedad de Naciones; luego al doctor Benes, presidente de la República checoslovaca, quien dirigió los debates de esta Asamblea con tanta dignidad y maestría, que mereció un voto especial de reconocimiento cuando su país lo elevó a las altas funciones que le impidieron continuar presidiendo la Asamblea.

Se ha dicho en un memorable libro, debido a la pluma de uno de los fundadores de la Sociedad de Naciones, que esta institución había sido una grande experiencia. Sin embargo, ha sido algo más, más que una gran experiencia y más que un ensayo: ha sido una realización, ha sido un cumplimiento. Esto es lo que los discursos pronunciados hoy han puesto de relieve; esto es lo que ha hecho resaltar, asimismo, el mensaje que nos ha dirigido el presidente del nuevo Tribunal Internacional de Justicia, que atestigua que *sólo el nombre ha sido cambiado* y que la Sociedad de Naciones ha llevado a cabo una obra imprecadera. Esto es lo que resalta igualmente del saludo que nos ha traído el presidente del Consejo de administración de la Oficina internacional del Trabajo; y, como Mr. Noel-Baker ha recordado, el Consejo económico y social de la nueva Organización continúa la obra nuclear del Comité central de la Sociedad, a partir de la labor efectuada hasta febrero de 1940. Esto es lo que resulta, en fin, de todos nuestros cambios de vista sobre los Mandatos. A decir verdad, en todos los dominios internacionales donde se despliegan la actividad y el espíritu de empresa, las tradiciones de la Sociedad de Naciones han permitido a la humanidad recoger el fruto de sus esfuerzos. Quizá no ha sido dado sino a los que han recibido el encargo de ayudar a traspasar las actividades y los haberes inmateriales de la Sociedad de Naciones a la nueva Organización, el darse cuenta plenamente de la magnitud de la obra cumplida, la magnitud de la que ha sido preparada para

el porvenir, y la deuda de reconocimiento contraída por todas las naciones hacia esta gran empresa.

Así pues, podemos echar una mirada hacia atrás, ciertamente sin compunción, mas no sin cierta melancolía, *la melancolía hecha de insatisfechas aspiraciones y del desencanto que nos inspira la evocación de los tiempos en que estábamos ricos de esperanzas más amplias, en que dábamos más vuelo a nuestras ambiciones y en que nuestros ojos no estaban obsesionados por el recuerdo de horizontes perdidos.*

Podemos ahora echar una mirada hacia el pasado como miramos hacia el porvenir, con calma, con paciencia, con fe. *Si hemos perdido algunas ilusiones, nuestro ideal permanece.* La Sociedad no ha sido más que un instrumento creado al uso de los gobiernos. Un instrumento mejor y más sólido ha sido forjado y confiado a las mismas manos; mas se habrá formado después del modelo que nos hemos esforzado en perfeccionar. Todos nuestros útiles van al taller donde se forjará el porvenir. Ninguno de nuestros esfuerzos habrá sido enteramente vano.

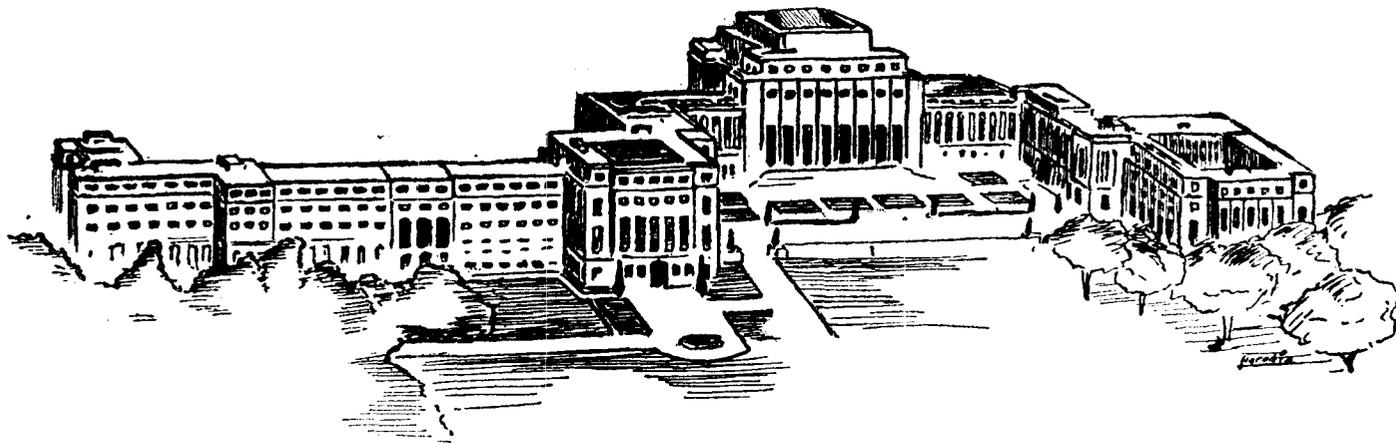
La misma construcción volverá a servir a sus fines. No se convertirá en impresionante sepulcro de ideas generatrices de pesares y de aflicciones; esperamos, al contrario, que desbordará de vida y de actividad creadora.

Hoy hemos decidido entregar este palacio a la nueva Organización, *en la cual el poder y la responsabilidad son aun más grandes de los que jamás fuimos investidos.* Es el momento de retirarnos, es verdad, pero no de entristecernos.

Nuestra labor ha terminado, pero una nueva tarea nos espera. Desde ahora, nuestra lealtad, nuestra abnegación, deben ser entregadas sin reservas a las Naciones Unidas. Numerosos son de entre nosotros los que ya han participado en sus trabajos. Los frutos de la experiencia adquirida, los conocimientos de la Sociedad de Naciones, los aportamos a esta Organización, que es el nuevo edificio de la cooperación internacional. *Nuestras decepciones, nuestras mismas desilusiones, pueden servir para fundamentar el nuevo sistema de seguridad mundial.* Tal como nos encontramos, así nos separamos: delegados de los gobiernos, servidores de una gran idea, y, al dispersarnos después de esta última Asamblea, sabemos todos que la idea-fuerza que ha animado a la Sociedad de Naciones irá siempre adelante.

Declaro ahora cerrada la última sesión de la veintiuna y última Asamblea de la Sociedad de Naciones.

Discurso de clausura del Presidente de la Asamblea, C. J. Hambro, 18 de abril de 1946



LA ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS

Penosas desilusiones...

«¿La paz en la tierra? ¿La verdadera paz? No; sino únicamente la postguerra de expresión dolorosa y aun demasiado significativa»

Pío XII. Mensaje de Navidad de 1945.

1945.

La segunda guerra mundial estaba a punto de terminar. Nuevamente los dirigentes políticos de las potencias que habían de resultar vencedoras, se reunían en asamblea para poner los fundamentos de una nueva estructura mundial en la que estuviesen asegurados el orden y la tranquilidad.

La euforia de la victoria guerrera, disimulaba en aquel entonces las dificultades grandísimas y los tremendos problemas que planteaba la situación creada por la proximidad del desenlace del conflicto, y que sin duda se agravarían considerablemente con la terminación de las hostilidades.

Así, en San Francisco, donde los representantes de las naciones unidas estudiaban las bases del futuro organismo internacional, los discursos giraban en torno a la ilusión de que la amistad entre los grandes Estados, sobre la que descansaba la virtualidad de la nueva organización, sería mantenida y estrechada para combatir a la «reacción» que, según el Presidente de los Estados Unidos, se aprestaba a luchar desesperadamente para separar a los aliados de la víspera. Esta ilusión queda reflejada en los textos de los discursos del señor Truman y del delegado de la U. R. S. que copiamos a renglón seguido.

Las fuerzas de la reacción y de la tiranía en todo el mundo tratan de impedir que las Naciones Unidas continúen disfrutando de su unidad. Aun en los momentos en que la máquina militar del Eje era destruída en Europa, esas fuerzas seguían tratando de dividirnos; fracasaron, pero volverán a intentarlo, lo intentan ahora. Dividir y conquistar era y sigue siendo su plan. Continúan tratando de hacer que cada uno desconfíe del otro, odie al otro, abandone al otro. Mas sé que hablo por cada uno de vosotros cuando digo que *las Naciones Unidas permanecerán unidas y que no serán divididas por la propaganda, ni antes NI DESPUÉS de la rendición de los japoneses.*

Discurso de Truman en la Conferencia de San Francisco, 26 de junio de 1945.

* * *

Me complace manifestar que la delegación rusa ha encontrado en sus tareas la comprensión y el apoyo por parte de otras muchas delegaciones. No podía ser de otra forma, pues *los pueblos de los países representados prosiguen un objetivo común: impedir la repetición de otra guerra. Deseo expresar mi confianza de que esta conferencia pasará a la historia como uno de los acontecimientos más significativos.*

Discurso de Gromyko en la Conferencia de San Francisco, 27 de junio de 1945.

* * *

Deseo expresar la satisfacción de mi país al ver que las ideas por las cuales ha luchado han sido aprobadas por las naciones aquí representadas. Un grande y justo ideal fué concebido después de la guerra pasada, creamos la Liga de Naciones, pero hubo un inconveniente serio en su estructura: el Convenio de la Liga solamente disponía la recomendación de las sanciones militares. Hoy ese inconveniente ha sido eliminado. En la Carta que ha sido aprobada, la obligación de todos sus miembros de dar ayuda para suprimir la agresión está plenamente establecida. *La organización internacional no estará ya desarmada contra la violencia. Las Naciones Unidas, y más especialmente las grandes naciones, deben permanecer verdaderamente unidas.*

Discurso de Paul Boncour en la Conferencia de San Francisco, 28 de junio de 1945.

1946.

No había transcurrido un año desde la Conferencia de San Francisco, y ya en la primera Asamblea de la O. N. U. se hablaba de una nueva guerra, de cataclismos apocalípticos, y se recordaba el fracaso del organismo ginebrino...

Determinados a salvar a las generaciones venideras de los estragos de la guerra, que por dos veces en nuestra vida ha traído penas sin nombre a la humanidad, e imbuídos de una constante fe en la libertad y en la justicia, hemos venido a esta capital británica, hondamente señalada con el sello de una heroica majestad, para constituir la Asamblea general de las Naciones Unidas, y dar comienzo, auténtica y sinceramente, a la aplicación de la Carta de San Francisco. Ese documento, discutido libre y democráticamente, ha sido aceptado sin reservas por todos, con la confiada creencia de que el mecanismo instaurado por él se revelará apropiado para el logro de su histórico propósito: *el mantenimiento de la paz y seguridad mundiales por medios colectivos y la creación mediante la cooperación en los terrenos económico, social, educativo y humanitario de las condiciones de estabilidad y bienestar que han de asegurar relaciones pacíficas y amistosas basadas en los principios de igualdad de derecho y de autodeterminación de las naciones del mundo...*

Las cinco grandes potencias, por virtud de los artículos 24 y 27 de la Carta y de la naturaleza de las cosas, tendrá la responsabilidad principal del mantenimiento de la paz y de la seguridad y aportarán para ello no sólo el peso inmenso de sus recursos militares, financieros e industriales, sino algo más importante y *sin lo que todo su poderío no sería más que el preludio de un cataclismo apocalíptico.* Me refiero a la voluntad, despojada de toda sombra de intriga y engaño, y ese espíritu de cooperación que es vital para el mantenimiento de la armonía y de la unidad que son la base inalterable de la O. N. U.

Discurso del presidente provisional de la primera Asamblea de las Naciones Unidas, el doctor Eduardo Zulueta, 10 de enero de 1946.

* * *

Nos damos cuenta de que ahora, quizá como nunca, la humanidad se ve en la difícil tarea de tomar una deci-

PLURA UT UNUM

sión. Por dos veces en mi vida, una guerra ha traído a la humanidad sufrimientos increíbles; en el caso de una tercera guerra mundial, el largo progreso ascendente de la civilización podría quedar detenida en generaciones completas y eliminado el trabajo de hombres y mujeres.

Durante siglos, la solución del problema de la paz y de la guerra es más urgente y vital que nunca. Vivimos en una nueva era. Y quizá los que somos habitantes de estas islas amenazadas durante tanto tiempo, nos damos más cuenta de ello que otros.

El perfeccionamiento de potentes armas destructoras que operan a larga distancia ha desvanecido la ilusión del «aislacionismo»; la bomba atómica constituye el último de una serie de avisos a la humanidad, que dicen que, *a menos que las fuerzas destructoras puedan ser controladas, las regiones más civilizadas de la humanidad pueden quedar convertidas en ingentes montones de ruinas.* He acogido, pues, con satisfacción el acuerdo de confiar el control de la energía atómica a una comisión de la O. N. U. En este descubrimiento podemos ver de modo tangible la cuestión con que se enfrenta el mundo moderno. Se trata de un invento cargado de inmensas posibilidades; por una parte, de peligros; por otra parte, de beneficios para la raza humana. A los pueblos del mundo corresponde decidir entre la vida y la muerte por medio de sus representantes.

Espero y creo que todos y cada uno de los delegados que están aquí han venido con grandes esperanzas y animados con espíritu de determinación. Naturalmente, entre nosotros habrá algún escéptico y pesimista que nos dirá que siempre han habido guerras y que en el futuro continuará habiéndolas, al mismo tiempo que nos señalará el fracaso de la Sociedad de Naciones, para señalar su escepticismo respecto al éxito de la organización de las Naciones Unidas. Pero todos hemos de tener muy en cuenta que el progreso de la civilización se ha forjado mediante continuos fracasos y mediante el aprendizaje por la experiencia. Y como hecho puedo citar la historia del movimiento sindical marcada con numerosos fracasos. Después de cada uno de ellos, los escépticos y medrosos decían que era imposible unir a los trabajadores, porque los intereses del hombre como individuo eran demasiado fuertes. Pues bien, con el tiempo se ha logrado la unidad de los trabajadores.

Discurso del Jefe del Gobierno británico, Clement R. Atlee, en la primera Asamblea General de la O. N. U., 10 de enero de 1946.

* * *

Creo que no será necesario recordar que éste no es el primer experimento que hacemos, pues *todos sabemos que ya se llevó a cabo otro en el que no se logró el éxito.* En algunas ocasiones es bastante útil recordar el pasado, sobre todo cuando se ha fracasado, para obtener lecciones de experiencias. Durante el período transcurrido entre las dos guerras mundiales no conseguimos forjar un espíritu internacional. Y esto es lo esencial. Gran esfuerzo ha sido requerido en una Asamblea como esta de la O. N. U. para echar a un lado las diferencias. Es nuestro deber llevar adelante los intereses de nuestros países, siempre relacionándolos con los intereses generales. Debemos tener en cuenta que hay 51 delegados de 51 países diferentes en la misma asamblea que, colectivamente, representan los intereses de todos. Las discusiones en esta asamblea deben ser completas y discretas. Los puntos de vista deben ser libres y las decisiones deben ser aceptadas y hacer cuanto sea posible para cumplimentarlas. *Esperamos obtener una honesta, segura y duradera paz.*

Discurso del Presidente de la primera Asamblea de la O. N. U., Spaak, 11 de enero de 1946.

La Carta que hemos firmado y que contiene las exigencias esenciales de nuestro espíritu de llamamiento a todo el universo por la libertad, *se convertirá en la Carta de muchos pueblos, y yo espero que en la de absolutamente todos, para la seguridad de todos.* Nuestro trabajo, hoy, como más tarde mañana, tiene que dejar a un lado la insolencia del error, el capricho tonto o cualquier desatino. Son indispensables los textos, pero no son suficientes para asegurar el éxito de esta tarea. *La paz y la seguridad deben ser apoyados por la fe, ardor y confianza de hombres y mujeres que, después de haber sufrido y pasado horrores, esperan la garantía del derecho a vivir.*

Discurso del ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Bidault, 19 de enero de 1946.

1947.

En la segunda Asamblea de las Naciones Unidas se muestra con más claridad el desencanto. En vez de la paz, se afirma, existe la amenaza. Se acusa a los «grandes» de mutuas desconfianzas, y la U. R. S. S. llega a denunciar a los «círculos reaccionarios» de los Estados Unidos de preparar otra guerra.

La situación con que hoy nos enfrentamos puede resumirse en la afirmación de que *más de dos años después del fin de la guerra, los frutos de la paz y de la victoria están aún fuera de nuestro alcance.*

Los hombres miran anhelosamente hacia el porvenir con la preocupación de si no nos veremos envueltos en un nuevo y más terrible conflicto.

Aun no hemos logrado establecer una base para la paz en Alemania y con el Japón, ni hemos restablecido a Austria como Estado independiente.

La reconstrucción es lenta en todas partes, las cosas necesarias para la vida escasean, existe una gran necesidad en casi todas las zonas. La compleja organización económica que fué desquiciada por la guerra no ha sido puesta de nuevo en funcionamiento; *en vez de la paz y de la libertad y de la seguridad económica, hallamos la amenaza, la represión y la extremada necesidad.*

Se requiere un esfuerzo supremo de todos nosotros para poder romper los círculos viciosos de las nacientes crisis políticas y económicas.

Discurso del Secretario de Estado norteamericano, Marshall, en la segunda Asamblea de la O. N. U., 17 de septiembre de 1947.

* * *

Vichinski propuso a la Asamblea una resolución en la que se solicitaba:

«Primero. — Las Naciones Unidas condenan *la criminal propaganda de una nueva guerra que está siendo realizada por los círculos reaccionarios en cierto número de países, especialmente en EE. UU., Turquía y Grecia, mediante la propagación de toda clase de insinuaciones a través de la radio, Prensa, cine, declaraciones públicas, que contienen un llamamiento abierto para atacar a los países democráticos amantes de la paz.*

»Segundo. — Las Naciones Unidas consideran que la tolerancia y, con la mayor razón, el apoyo de tal propaganda de una nueva guerra, inevitablemente se transformaría en la tercera guerra mundial, una violación de las obligaciones asumidas por los miembros de las Naciones Unidas, cuya Carta prevé la obligación de desarrollar amistosamente las relaciones entre las naciones, basadas en el respeto de los principios de igualdad de derechos y de autodeterminación de los pueblos y tomar otras medidas apropiadas para reforzar la paz universal, y para que la

paz y seguridad internacionales y la justicia no sean puestas en peligro.»

Segunda Asamblea de la O. N. U., 18 de septiembre de 1947.

* * *

Todas las naciones quieren impedir otra guerra. *Las mayores dificultades residen en el hecho de que las grandes potencias desconfían mutuamente de sus intenciones.* Es el miedo el gran peligro. El miedo engendra odio y el odio cría peligro.

Es perfectamente claro que esta situación somete a la O. N. U. a una grave prueba. La piedra angular misma sobre la que se apoyan las Naciones Unidas, es decir, la cooperación y comprensión entre las grandes potencias. *Los pueblos del mundo y también muchos Gobiernos están contrariados, asustados, desanimados, al ver que precisamente las mismas naciones que crearon la organización se muestran tan claramente incapaces de ponerse de acuerdo.*

Discurso del Secretario General de la O. N. U., Trygve Lie, 23 de septiembre de 1947.

1948.

Pasa otro año, y las incomprendiones y enemistades que separan a los miembros calificados de la O. N. U., lejos de disminuir, van en continuo aumento. Se revela que las Naciones Unidas no pueden resolver las dificultades fundamentales. La desilusión es completa; ¿será, empero, atecionadora?

Tres años han pasado desde que terminó el conflicto mundial —declaró— y, sin embargo, *no parece que nos acerquemos a la paz.* La inseguridad continúa, los intereses encontrados y la oposición complicada que ha existido, continúa lo mismo. Las malas interpretaciones hacen que aumente la intransigencia y dificulten las negociaciones. Todavía están en suspenso los Tratados de paz y las soluciones se alejan, mientras los discursos se hacen más mordaces y el caos más prolongado. Millones de seres temen que esta preciosa oportunidad para conseguir la paz se pierda. Hombres y mujeres se vuelven hacia vosotros como su recurso supremo. De vuestra fuerza depende la paz de nuestros días.

Discurso del Presidente de la República francesa, Auriol, en la tercera Asamblea de la O. N. U., 21 de septiembre de 1948.

* * *

Quiere el destino histórico forjado por la voluntad de los hombres que en esta magna reunión que se celebra en tierra de la Francia inmortal, *a cuyo luminoso espíritu se debió la revolución de una época e inspiró en su desplazamiento por la vida y la historia de las naciones,* por coincidencias o contradicciones, nuevas y esperanzadoras formas de convivencia que inspiran a concretar la armonía, la paz y el progreso del mundo.

Discurso de Bramuglia, 21 de septiembre de 1948.

* * *

A pesar de la acción cooperativa de la mayoría de las naciones para reconstruir la paz y el bienestar, *la tensión ha aumentado durante el año transcurrido.* Jefes de otras naciones están creando una profunda escisión entre sus países y el resto de la comunidad mundial. No debemos permitir que esta escisión aumente más.

Discurso de George Marshall, 23 de septiembre de 1948.

Si no podemos continuar hacia delante sobre una base mundial, como esperábamos, seguiremos en una base regional. *Tenemos que ponernos de acuerdo con quien podemos.* Trabajaremos con quienes podamos trabajar; buscaremos la comprensión y la confianza en aquellos que están dispuestos a entrar en esta confianza y comprensión con nosotros. *De estas comprensiones regionales puede salir el Gobierno mundial que la tierra ansía.*

Discurso de Bevin, 27 de septiembre de 1948.

* * *

Las relaciones internacionales —dijo— siguen dominadas por la división del mundo en dos bloques. Esta división fundamental debe atribuirse al hecho de que *las Naciones Unidas no hayan podido resolver las dificultades fundamentales;* el estado de ansiedad en que vive la humanidad y la continua existencia de disputas locales. O la Organización de las Naciones Unidas es universal o fracasa.

Discurso de Robert Schuman, 28 de septiembre de 1948.

1949.

Sin embargo, después de la desgraciada experiencia de los años pasados, el señor Truman no se recata en afirmar que la O. N. U. sirve admirablemente para fomentar la paz y la amistad entre los pueblos. Añade, es cierto, que las divergencias entre sus elementos son profundas, pero se esfuerza en salvar a toda costa lo que llama ideales de las Naciones Unidas.

¿Podrán las profundas desilusiones de algunos hombres de Estado inducirles a buscar el recto camino que puede conducir al mundo a la verdadera paz?

Nos reunimos para colocar la piedra fundamental de la sede permanente de la O. N. U. Comprendemos perfectamente el alto honor que nos confiere el tener en nuestro país la sede permanente de las Naciones Unidas, pero éstas deben celebrar reuniones de vez en cuando en otros países, porque deben ser inspiradas por los pueblos de todas las tierras y deben ser genuina representación de los pueblos que la crearon. *Durante sus cuatro años de existencia, esta organización se ha convertido en fuerza poderosa para fomentar la paz y la amistad.*

Hemos de esforzarnos porque nuestra devoción a los ideales de la Carta de la O. N. U. sea tan fuerte como el acero de este edificio. *Debemos perseguir la consecución de los objetivos anunciados en la Carta con resolución tan firme como la roca sobre la cual se asienta este edificio.* Debemos basar nuestra actuación en las normas de la Carta en igual forma que este edificio se ha de basar en esta piedra fundamental. Si así procedemos, la O. N. U. perdurará y traerá beneficios sin cuento, paz y bienestar a la humanidad.

Discurso de Harry S. Truman, 24 de octubre de 1949.

Dice el señor Truman que el edificio de las Naciones Unidas descansa sobre una roca. ¿Puede decirse lo mismo de la organización internacional que ese edificio está destinado a albergar? Y, sin embargo, las palabras de Su Santidad Pío XII en su primera Encíclica conservan todo su valor y actualidad: «El orden nuevo del mundo, de la vida nacional e internacional no deberá en adelante apoyarse sobre la incierta arena de normas mudables y efímeras, abandonadas al arbitrio del egoísmo colectivo e individual; debe más bien alzarse sobre el fundamento inconcuso, sobre la roca incommovible del derecho natural y de la revelación divina.»

C.

SANTA JUANA DE ARCO

Francia en 1429

Un país ocupado por tropas extranjeras, un pueblo abatido, un ejército desmoralizado, una hacienda agotada, un favorito poderoso y un rey joven, indeciso, indolente y apático, que duda hasta de su derecho a la corona.

Tal es la situación de Francia en 1429, en los comienzos del reinado de Carlos VII.

Este príncipe despojado e inexperto tiene que habérselas con Felipe el Bueno, duque de Borgoña, el hombre de estado más sutil, refinado y ambicioso de su generación; con Bedford, el famoso diplomático y hábil militar, que manda las tropas inglesas que invaden Francia y poseen incluso la capital; y con los cortesanos que se disputan su favor o, mejor dicho, usurpan su voluntad. Sin embargo, el rey elige de entre estos cortesanos los favoritos que se van turnando y son los que realmente gobiernan.

Desde luego que tanto a los favoritos como al resto de los cortesanos les importa más su medro personal que la salvación de Francia y el servicio del rey; por lo tanto, lo único que desean es obrar impunemente en provecho propio. Para ello entretienen y adormecen al rey con fiestas cortesanías, que dicen bien con su carácter frívolo, y se suceden sin interrupción de castillo en castillo. Nada se omite para hacerlas suntuosas y en ellas dilapidan las grandes sumas que los Estados Generales han otorgado para la guerra. Este insulto al pueblo empobrecido le hace perder la fe y respeto a la realeza, llegando a decirle cara a cara al rey que «nadie podría arruinar a Francia más divertidamente que él», y con su certero instinto señalan también a los nobles y murmuran: «Ahí tenéis a esos que llevan de buena gana oro y perlas en el sombrero, derrochan nuestro dinero, y no saben arrojar a los ingleses ni someter a los borgoñones.»

El rey no es precisamente que sea cobarde y carezca de talento; pero es perezoso y deja enajenar su voluntad, aceptando siempre la opinión del último que le habla. Estas vacilaciones, sin embargo, son debidas en gran parte a que, además de las difíciles circunstancias exteriores, le quita la fuerza moral una duda abrumadora: no tiene la seguridad de ser rey legítimo. Dan pábulo a esta duda cruel la locura intermitente que aquejó a su padre Carlos VI, y la juventud liviana de su madre Isabel de Baviera, de una parte; y de otra el equivoco, que le declara tácitamente bastardo, a que ésta da lugar pronunciándose decididamente en favor de los ingleses, eliminándole a él, y consintiendo que Enrique V de Inglaterra se titule ya rey de Francia.

Ingleses y borgoñones aprovechan este momento favorable y deciden lanzarse a fondo al sitio de Orleans, posición clave para pasar el Loire y conquistar toda Francia.

El desprestigio y la pobreza no permiten a Carlos VII reunir tropas; entre él y su tesorero no tienen ni cuatro escudos de oro; sabe que en este aspecto depende enteramente de sus cortesanos y favoritos, que disponen del dinero del país por la acumulación de cargos y grandes riquezas, y, por otra parte, los cree también incapaces de salvar la situación.

Considerando todos estos desastres como castigo del cielo, viéndose impotente y decidido a abandonarlo todo, hace esta plegaria, que revela su profundo desaliento: «Señor, si soy rey legítimo y heredero de la corona de Francia, amparadme; si no lo soy, haced que pueda escapar a la muerte y a la prisión, dejándome llegar a Escocia o España.»

Ni política ni militarmente había para Francia remedio humano.

La pastorcita de Domremy

En este momento crítico llega a Chinon, donde está la Corte, el mensaje de una pastorcilla solicitando una audiencia del rey.

La recomienda vagamente una carta de Robert de Bardricourt, capitán de Vaucoeurs, y se saben algunas noticias de ella. Se llama Juana de Arco, tiene diecisiete años y ha vivido siempre con sus padres y hermanos en la aldea de Domremy, en tierras de Lorena. Ni siquiera sabe leer, no ha hecho en su vida más que hilar en invierno y guardar ganado en la época de los pastos. Voces celestiales y misteriosas, en las que reconoce a San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita, le han transmitido de parte de Dios la misión de salvar a Francia, y no tiene más formación que estas voces venidas del cielo. Es ingenua, sencilla, todo en ella es diáfano y la rodea un nimbo de pureza angelical.

Habla con tal seguridad del plan que viene a realizar en nombre de Dios, que arrastra las voluntades de todos. El rumor de sus revelaciones ha llegado hasta el Duque de Lorena, que le ha dado un salvoconducto. Las gentes de Vaucoeurs le han proporcionado espada, caballo, armamento y equipo de guerrero, y unos voluntarios le sirven de escolta y guía para dirigirse a Chinon.

Esto solo es ya inaudito, pero la letra del mensaje que la precede es más extraordinaria aun. De parte de Dios, ofrece al rey la liberación de Orleans, su pronta y solemne coronación en Reims, el triunfo de su ejército y la expulsión del invasor. Su Majestad no tiene que hacer otra cosa que fiarse de ella y darle el mando del ejército. «Yo traigo, dice, el mejor auxilio que jamás se trajo a una nación o a un ejército: el auxilio del Rey del Cielo.»

Entre las complicaciones políticas y las intrigas cortesanías desconcierta este lenguaje tan claro; la oferta de un auxilio tan sorprendente, rápido y eficaz, contrasta con las dilaciones diplomáticas y las componendas que evitan siempre posiciones definidas. Ante esto reaccionan todos en un sentido u otro y surgen las más variadas opiniones, protestas y comentarios.

«Es una loca o una bruja», dice el favorito Le Tremouille, temiendo por su privanza.

«¿Por qué no se la hace venir y la examinan los teólogos de la Iglesia y los consejeros de la Corona?», sugiere la suegra del rey, Yolanda de Aragón, cuya intuición prevé lo valioso de este auxilio.

«¿Ha de poder más el brazo de una mujer que el de los varones del reino?», dicen despechados los guerreros.

Cada uno da su opinión y hace el comentario de acuerdo con sus intereses, pero la fama de esta Doncella ha llegado hasta Orleans y la ciudad sitiada reclama su auxilio.

El rey está en uno de estos momentos de lucidez que producen a veces las situaciones desesperadas, y emancipándose por primera vez del parecer de la mayoría de sus cortesanos, acepta la sugerencia de la reina Yolanda y decide recibirla.

Buenas nuevas

En el gran salón del castillo, alumbrado con antorchas, resplandeciente de lujo y lleno de cortesanos y soldados, el rey, disfrazado de caballero mediocre, la espera confundido entre todos. Juana, sin titubear y sin turbarse, se dirige a él directamente, le hace las reverencias de rúbrica, como si toda la vida hubiera estado en la Corte, y le saluda así: «Dios os dé una vida feliz, noble delfín; alegraos porque os traigo buenas nuevas.»

El rey la remite a un cortesano diciéndole «éste es el rey». Sonríe Juana viendo que quieren engañarla, y contesta: «Por Dios, noble príncipe, vos sois el rey y no otro. Yo os digo que Dios tiene misericordia de vos y de vuestro pueblo, pues San Luis y Carlomagno están delante de El y ruegan por vos. Yo son Juana, la Doncella, y mi Señor me envía para salvaros a vos y a vuestro reino.»

Asombrado, le pregunta el rey: «¿Y quién es vuestro Señor?»

«Es Dios», responde Juana sin vacilar, «es mi Señor y el vuestro. El reino de Francia que yo os conquistaré por su mandato, debéis dárselo porque le pertenece, pero este Señor quiere que vos seáis rey y gobernéis como su lugarteniente.»

Atónitos escuchan el rey y sus cortesanos. Se han desvanecido las sonrisas burlonas, aun los más despechados prestan atención. ¿Qué tiene Francia sobre las demás naciones, para merecer el privilegio de que Dios tome directamente partido por ella? ¿Qué tiene esta pastorcita que con tan audaz sencillez ofrece y pide cosas tan estupendas?

Ofrece el reino que está prácticamente perdido, eso lo entienden perfectamente, pero les desconcierta lo que pide: la sumisión a Dios en forma de que los actos de la vida práctica, civil y laica se sometan a las leyes de la voluntad divina, pues la vida social no ha de estar menos que la religiosa bajo el control de Dios. Partiendo de estos principios y sin ninguna complicación, organizará ella el ejército.

El rey lo entiende menos que nadie, y vuelve a invadirle de nuevo la pereza intelectual; como no toma ninguna determinación parece que la audiencia está terminada. Juana se le aproxima entonces algo más, y en tono confidencial, no tan alto que pudieran oírlo todos, pero sí lo suficiente para que no pasase inadvertido de los más próximos, le dice: «Yo os digo, de parte de mi Señor, que vos sois el verdadero heredero de Francia, el hijo legítimo del rey.»

Carlos VII, visiblemente emocionado por esta respuesta tan evidente y clara a la súplica que había hecho en la soledad de su aposento y conocida sólo de Dios, concede a Juana una audiencia privada que dura dos horas.

Nadie sabe cuáles son las pruebas que en esta audiencia dió la Doncella de la autenticidad de su misión, pero el rey declaró «que le había levantado el corazón al revelarles secretos tan íntimos que sólo podía conocerlos por la revelación divina, pues jamás los había confiado a nadie, y que Juana poseía su confianza».

La educación cortesana es flexible y sabe disimular. Todos se inclinan ante la pastorcita que el favor del rey cubre desde ahora con su manto real.

¡A Reims! ¡A Reims!

Después de ser examinada por los teólogos, éstos dictaminan que no aceptar su ayuda sería resistir al Espíritu Santo, y que la prueba de que ha recibido la misión de Dios ha de ser el cumplimiento de la misma, cosa imposible, naturalmente.

Entonces se autoriza a Juana para organizar el ejército, y ella pone como condición esencial que no haya en él ocasión de pecado. Que los nobles dejen sus devaneos y los soldados confiesen y comulguen para ponerse en gracia de Dios.

En torno a su estandarte, en el que se representa al Rey del Cielo amparando las flores de lis, se agrupan en gran número los buenos franceses, y se emprende la marcha hacia Orleans después de haber entonado el «Veni Creator».

Juana anima a los soldados: han de ser valientes y pelear con brío; ellos batallarán y el Señor les dará la victoria. En una semana efectúan cuatro salidas, toman el

fuerte de Las Tourelles y liberan la ciudad, que hacía ocho meses estaba sitiada con trincheras y fortificaciones. Juana entra triunfante con armadura de guerrero, montada en un caballo blanco, y escoltada por las tropas se dirige a la Catedral.

En medio de las ovaciones delirantes del pueblo, que la aclama como su libertadora, conserva su sencilla humildad, recibe a los suyos con llaneza. Ni un punto le abandona la persuasión de que es simplemente un instrumento. El triunfo es sólo de Dios y a El atribuye toda la gloria. No se entretiene en recibir para bienes. Ha logrado desconectar las tropas enemigas, que andan desorientadas, y prosigue inmediatamente la campaña.

Se sitia a Jargeau y se toma por asalto el puente de Meung; tras la gloriosa jornada de Patay, el pueblo y el ejército, contagiados por el noble entusiasmo de la Doncella, claman: «¡A Reims! ¡A Reims!» Atraviesan territorios ocupados por tropas enemigas, que la audacia de la empresa tiene paralizadas; todos los obstáculos se abaten a su paso. Auxerre se somete; Troyes opone resistencia, pero es fácilmente conquistada; el pueblo de Challons, con su obispo a la cabeza, sale a su encuentro en procesión, y al llegar frente a Reims, los habitantes de la ciudad obligan a salir de ella a las guarniciones borgoñas y se entregan al rey.

El 17 de julio, no hacía aún seis meses que Juana había dejado Domremy, cumple al rey la palabra que le había dado en nombre de Dios. Bajo las amplias bóvedas de la Catedral de Reims, el rey es coronado y ungido con óleo de la Santa Ampolla.

Con ello recibía Carlos VII, por obra de la fe y el genio de Juana de Arco, la suprema consagración de los reyes de Francia.

Santa Juan de Arco

La generosidad de Juana de Arco no conoce límites. Nada pide para sí ni para los suyos; solamente se arrodilla a los pies del rey, le recuerda que el reino es de Dios, le muestra el pueblo que le aclama y está presto a seguirle para conquistar íntegra la nación.

Francia se ha recobrado. El ejército vibra de fe y de entusiasmo. El rey se considera seguro, y, alma pequeña, temiendo que la gloria de Juana le haga sombra, la abandona y echa sobre sí el baldón de ingratitud que nunca le perdonará la Historia.

En vez de dejarle proseguir la campaña, el rey le quita las mejores tropas, pacta treguas con los enemigos, defrauda al ejército y al pueblo y vuelve a las fiestas de sus castillos del Loire.

Amparada por esta ingratitud que se cierne sombría sobre Juana, se fomenta la traición y la envidia de las camarillas reales, en las que vuelven a privar los favoritos con Le Tremouille a la cabeza. La salvadora de Francia es traicionada y vendida, sin que el indigno rey que le debe la vida y la corona le tienda una mano o diga una palabra para defenderla.

Esto es incomprensible. Aquí se clava la imaginación del pensador. «En la historia moderna no hay crimen contra Dios y la patria semejante al que cometieron Carlos VII y sus favoritos, y asimismo es incomprensible la grandeza de Juana de Arco.»

Perseguida, calumniada, indefensa, víctima de la envidia y la traición, el elemento oficial de la Francia que ha salvado se erige en su inicuo juez, y mandatarios viles y cobardes la venden, la entregan a Inglaterra para que sea su verdugo.

La hoguera de Ruán añade a su corona de virgen la palma del martirio.

Estos hechos, únicos en la historia del mundo, sobrepujan a la fantasía y a la leyenda, pero pueden resistir la más rigurosa crítica histórica.

Juana de Arco, además de ser heroína, es Santa. Como a Jesús, los suyos le traicionaron y le vendieron, pero a pesar de ello cumplió su misión y se realizaron sus profecías. El mundo fué con ella cruel, pero la Iglesia, madre amorosa, da a todas sus hazañas un nuevo relieve. Le

rinde un homenaje y le da un premio que ninguna nación ni ningún rey le puede dar: el culto y el altar.

Después de pasados tantos siglos, perdura la memoria gloriosa de la pastorcita de Domremy, que es hoy Santa Juana de Arco, patrona de Francia.

Maria Asunción López

La Paz y el Año Santo

CONCLUSIÓN (*)

Abundan en todos sitios quienes hambread la paz, porque sin ella —perdón por la frase— les duele el estómago. Forman el tipo de los egoístas, de los edonistas. ¿La guerra trastorna el disfrute de los deleites sensibles, priva de mil comodidades y pasatiempos? ¡Abajo la guerra! ¿Con la paz se vive la vida? ¡Arriba la paz! Pase que se desee la paz, entre otros motivos más elevados, para pasar más tranquilamente esta vida, que siempre será, por más que nos devanemos los sesos para alejar los sinsabores, un valle de lágrimas. Pero cualquiera ve lo bajo de esos incentivos egoístas que en tantos enciende el ansia de la paz. No es ésa ni de mil leguas, la paz genuina, la cual, para conservarse, ha de estar dispuesta al sacrificio de los propios intereses y goces, y hasta de la propia familia, en aras de intereses más ampliamente humanos.

Ni faltan ambiciosos de la paz, que arrastrados de su índole impaciente, y sin ninguna prevención de lo futuro, claman que se imponga sin demora la paz con las armas, aunque sea lanzándose ciegos a un conflicto armado. Por cualquier vía, pero pronto, pero inmediatamente.

Posición a vista de ojos imprudente. Con esos atropellamientos no se consigue nada y se aventura todo. Y la paz que de las ruinas surgiera sería una paz artificial, inhumana, puramente exterior: la paz de los cañones.

Finalmente, hasta cabría señalar a ciertos grupos que ambicionan la paz para poder, a su amparo, fomentar otra lucha menos externa, más intestina, y, a la larga, inmensamente más perjudicial: la opresión de los débiles y con ello la lucha de clases. Pero en su misma frente llevan marcado el estigma de la reprobación común. Esa paz sería la paz del criminal, que se industria para que le deje en paz la policía, con el designio de perpetrar sus fechorías criminales a mansalva.

Enfrente de todas esas agrupaciones de hombres que claman por la paz, la Iglesia, con los ojos bien abiertos para no deslumbrarse con los equivocados de paz, y con el corazón bien abierto también para que todos vean sus rectísimos deseos, se alza en la figura de su Pastor supremo, y clama igualmente, pero con voz que no suena a mortal: «Vuelva al fin la paz tan deseada.» No teme las preguntas de los que la interrogan: ¿Por qué la quieres? Cierta, contesta, que el móvil mío no es, como tal vez algunos sospecharían, lograr por medio de la paz cierto aislamiento que, como a sociedad elevada sobre todo lo terreno, me favorece para mantener a mis hijos por encima de los humanos ideales. No niego que en parte eso es verdad: pero no es toda la verdad. La acción de la Iglesia no es solamente neutra y pasiva, ni mucho menos ajena a cuanto sirva para el progreso humano, por costoso que sea. Sabe muy bien que su reino, si bien no es de este mundo, está, empero, en este mundo. El Papa no habla sólo de oración por la paz, sino de acción por la paz.

¿Qué le mueve, en definitiva, a la Iglesia y a su Jerarca supremo a volver con tanto ahínco y convencimiento por los fueros de la paz? El sincerísimo, el rectísimo deseo de que reflorézca aquella paz que Jesucristo vino a traer al mundo, como se lo preludiaron los ángeles; a fin de que, hecha la paz, la Iglesia, obra del Dios de la paz y amador de la caridad, consiga sin estorbos de perturbaciones que los hombres disfruten de las facilidades necesarias para cumplir sus deberes de cristianos y alcanzar, tras una dicha relativa terrena, la ventura sempiterna para que Dios los creó.

Mas decíamos arriba que la Iglesia no constriñe su misión a pedir y procurar la paz, sino que ella misma la brinda, como cosa muy privativa suya, a la comunidad de los mortales. He ahí la diferencia sustancial entre la paz que quieren traer los hombres más influyentes y la paz que quiere traer la Iglesia. Ellos podrían, quizá, a fuerza de arbitrios humanos y defensas materiales, imponer la paz; pero son incapaces de crear lo que se puede llamar *el espíritu de la paz*. Y no hay por qué negarlo: un cuerpo sin espíritu, sin alma que lo vivifique, será a lo sumo un cuerpo galvanizado, pero no un cuerpo vivo. Por parecida manera, la paz material sin su espíritu nunca será vital: carecerá de un principio interno que la nutra y la conserve y la defienda de agentes destructores y la haga crecer y respirar vigorosa y sana. *El espíritu de la paz*: he aquí lo que había de ser el punto central, la cuestión vital en toda esa empresa de pacifismo.

Al llegar a definir esta solución certera es cuando, según, dijimos, coincide Monseñor Montini con la profunda doctrina de León. Trae a la memoria el dicho de Baldwin a los jóvenes de Inglaterra, cuando se retiró de la vida parlamentaria: «Trabajad por hacer a los hombres concordes y hermanos, y acordaos de que los hombres no se portarán como hermanos si no se dan mutuamente la sensación y la certeza de ser hijos de un mismo Padre.» La Iglesia concluye la lección con la intuición de una ciencia más divina. La Religión, dice, hermanará en la hermosura de la paz (8), cuando los hombres, por la fidelidad de las leyes del Evangelio y el acercamiento a las fuentes de la Gracia, los Sacramentos, recobren, conserven y acrecienten ese don divino de la Gracia que los hace hijos de Dios (9).

Es preciso, afirma Montini, que los hombres, para asegurar en sí mismos ese *espíritu de la paz* que radica en su bien obrar, informado de la Gracia de Dios, construyan la paz en sentido vertical, rectificando sus relaciones con Dios, y en sentido horizontal, mejorando sus relaciones con los hombres. Y ese *espíritu de la paz* que la Religión les infundirá será el que les incline, suave y fuertemente, a la obediencia de todas las leyes divinas y hu-

(*) Véase CRISTIANDAD, núm. 139, págs. 19 a 21.

(8) Is. XXXII, 18.

(9) Rom. VIII, 16-17.

manas justas, sin que sean menester coacciones de fuera.

Ni más ni menos de lo que asienta León, cuando dice: «Porque, siendo la paz un orden sosegado o un sosiego ordenado; como el concierto dice relación a otro tercero, podemos referir el hombre a tres cosas: una, si estuviere bien concertado con Dios; otra, si él, dentro de sí mismo, estuviere en concierto; y la tercera, si no se atraviesare ni encontrare con otros. Esté el alma sujeta a Dios y rendida a su voluntad, y en la cual Dios, como en sujeto dispuesto, mirándola amorosa y dulcemente, influya el favor de sus bienes y dones. Mande la razón, y el sentido y los movimientos de él obedezcan con presteza y con gusto. Dése su derecho a todos y cada uno, y reciba cada uno de todos aquello que se le debe sin pleito ni contienda.»

Y, ¿qué hizo Cristo, prosigue, para poner el reino de nuestras almas en paz, y por dónde es llamado Príncipe de ella? Lo que ningún filósofo ni fundador de religiones hizo ni pudo hacer, toda vez que ellos, a lo más, dictaron doctrinas y pusieron leyes, pero no fueron dueños de mudar en bien las voluntades humanas, y eso con eficacia suavísima, sin hacerles extorsión ni violencia. ¿Qué hizo, pues? Plantar en los que quisieron ser suyos la ley interior de su gracia. «Porque lo que remedia ese mal espíritu de la concupiscencia y ese perverso brio con que se corrompió en su primer principio la voluntad, es un otro espíritu santo y del cielo, que es el don de la Gracia, que es salud y verdad. Y esta Gracia y este espíritu, sólo Cristo lo da. Moisés hizo la ley, mas la gracia es obra de Cristo» (10).

Y concluye. Porque esto que llamamos ley o dar ley puede acontecer en dos diferentes maneras. Una es la ordinaria y usada, que vemos que consiste en decir y señalar a los hombres lo que les conviene hacer o no hacer, escribiendo con pública autoridad mandamientos y ordenaciones de ello y pregonándolas públicamente. Otra es que consiste, no tanto en aviso como en inclinación, que se hace no diciendo ni mandando, sino imprimiendo deseo y gusto de ello. Porque el tener una inclinación y prontitud para alguna cosa que le conviene, es ley suya, porque es lo que le gobierna la vida. La primera ley, aunque buena, es poco eficaz cuando lo que se avisa es ajeno de lo que se apetece. Mas la segunda ley es en gran manera eficaz, y ésta pone Cristo con la Gracia en nuestra alma y la esculpe en la voluntad. Hecho esto, luego, por orden secreta y maravillosa, se comienza a pacificar el reino del alma, y descúbrense entonces la paz y muestra la luz su rostro, y sube y crece, y finalmente queda reina y señora.» Hasta aquí, la poética elocuencia de Fray Luis.

De donde se concluye que, siendo la Gracia don de

Cristo, y trayendo ella consigo la paz, la santa Iglesia, que es la guardiana de los manantiales de esa paz y la que reparte a los hombres esa agua divina, será ella la única que puede crear en los mismos hombres, no ya la paz, sino el espíritu mismo de la paz.

Pues bien: el Año Santo, en decir de Montini, es, por lo menos, un esfuerzo, un intento, una invitación, un llamamiento de la Religión que pasa por el mundo y por las conciencias, haciendo, como si dijéramos, señas a los hombres distraídos para que se lleguen allá donde vive la paz. El Papa, empuñando la sagrada trompeta, anuncia al mundo este soberano pregón: «Hombres: volveos a Dios, implorad sus piedades, resolveos a pelear contra el mal y a venerar las divinas ordenanzas, que sólo en Dios y en una vida orientada hacia Dios hallaréis el secreto de una paz sólida y no fingida y duradera.» Todos somos hijos de un mismo Padre y destinados a compartir una misma herencia. El representante de este Padre de los cielos, nuestro Padre el Papa, os quiere atraer hacia sí y estrecharos entre sus brazos.

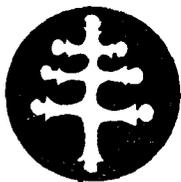
El Año Santo es, repetimos, este esfuerzo y esta voz que pasa sobre el mundo. ¿Que los medios a que recurre son humildes y a los ojos del mundo despreciables? Esti'o fué siempre de Dios obtener fines altísimos con medios muy humildes. ¿Que no se verá al ojo el efecto apetecido de la paz? Tampoco el labrador ve al ojo los frutos y las mieses el día siguiente de la siembra. Dios procede en las cosas sobrenaturales como en las naturales: lenta, ocultamente, pero con eficacia vencedora. Nosotros tal vez no lo comprenderemos; pero el influjo de toda una cruzada mansa de oraciones y penitencias acelerará, a no dudarlo, la hora de la visitación misericordiosa de nuestro Señor. Cuando llegue, sólo Dios sabrá por qué caminos ocultos ha llegado.

Y el mundo, con ocasión del Año Santo, volverá los ojos a Roma y caerá en la cuenta de que el Padre común de los fieles, postergado y olvidado en las conversaciones internacionales, apela a unos medios que por llevar el sello de Dios, pueden obrar prodigios. El mundo verá que el Jefe supremo de la Religión Católica es el único Jefe de religiones que resueltamente y con plena conciencia de su dignidad de Vicario de Cristo, señala como único camino de la paz el retorno a la única Religión revelada, que es la cristiana, y a la única cristiana auténtica, que es la Católica, Apostólica, Romana.

Si: entre la Paz y el Año Santo hay una relación muy verdadera, con tal de que se defina bien el concepto de paz y se llegue a la convicción de que sólo *el espíritu de paz*, don de Dios, es poderoso para crear clima de paz en este mundo tan falto de ella.

Arturo M.^a Cayuela, S. J.

(10) Jo. I, 17.



La reeducación de la humanidad, si se quiere que sea efectiva, tiene que ser, ante todo, espiritual y religiosa; por tanto, debe partir de Cristo como de su fundamento indispensable, tener la justicia como ejecutora y por corona la caridad.

Llevar a cabo esta obra de regeneración, adaptando sus medios a las nuevas condiciones de los tiempos y a las nuevas necesidades del género humano, es el oficio esencial y materno de la Iglesia.

PIO XII. Enc. «Summi Pontificatus»

DE ACTUALIDAD

La suerte de Colombia no puede depender de la pura violencia La población judía del mundo

La suerte de Colombia no puede depender de la pura violencia

Su Santidad el Papa Pío XII recibió el día 27 de noviembre, en solemne audiencia, al Excmo. señor Francisco de Paula Pérez, Embajador extraordinario y plenipotenciario de la República de Colombia, quien entregó al Santo Padre las cartas credenciales acreditativas de su cargo.

Recibido con el ceremonial de costumbre e introducido en el Salón del Trono, el nuevo embajador entregó a Su Santidad las cartas credenciales, mientras ponía de manifiesto su satisfacción de ser el portavoz del Jefe de Estado colombiano, el cual, tanto en su vida pública como privada, «se ha distinguido siempre por sus convicciones profundamente católicas, interpretando de este modo con fidelidad los sentimientos religiosos de su pueblo». Después de poner de relieve la excelsa figura del actual Vicario de Jesucristo, cuyas encíclicas y alocuciones «han señalado a los gobernantes y a los gobernados el verdadero camino de la justicia social», el embajador recordó que Colombia, desde los primeros días de su independencia, ha reconocido el Reinado social de Jesucristo y ha profesado siempre un amor filial y una fidelísima lealtad al Papa.

Su Santidad contestó a las anteriores palabras con un discurso, en el que puso de relieve las dotes que adornaban al nuevo embajador de una nación «que ha sabido hacer de la fidelidad a sus católicas tradiciones y de la devoción a esta Sede de Pedro una de sus más preciosas herencias y uno de los más enérgicos imperativos a lo largo de su historia».

«Nos queremos ver, en las elevadas expresiones que de los labios de vuestra excelencia acabamos de escuchar —continuó diciendo el Romano Pontífice—, la segura garantía de que el cuidado y el perfeccionamiento de las felices relaciones existentes entre esta Sede Apostólica y la República colombiana han sido confiados a una personalidad que sabe ver y apreciar en su oficio una misión tan importante como meritoria.»

Aludió el Papa a las condiciones naturales de Colombia, «país que parece llamado a la armonía y a la paz», y para cuyo pueblo, para sus necesidades y ansias, esperanzas y anhelos, «elevamos Nuestras plegarias de todos los días y en el cotidiano Sacrificio del Altar». En doloroso contraste, añadió el Santo Padre, las noticias que de allí Nos llegan vienen envueltas a veces «en los rumores de ásperas divisiones y de encontradas pasiones políticas», por lo que «el Padre común siente que es su deber enviar a aquellos hijos, que tanto ama, una palabra suya para advertirles que la suerte de su pueblo y de su nación no debe depender de la pura violencia».

El Papa terminó su discurso diciendo: «Suba a Dios, autor y amante de la paz; suba a la Virgen Santísima, Reina de la paz, Nuestra ferviente plegaria para que en la tierra colombiana triunfen finalmente aquella armonía de ideas y de sentimientos, aquella aproximación y reconciliación de los espíritus, que son la única base sobre la que

puede surgir el verdadero progreso y la única garantía del bien común.»

Su Santidad, después de la audiencia, invitó al embajador en su Biblioteca privada, conversando con él con gran cordialidad.

Terminada su conversación con el Santo Padre, el Embajador de Colombia, acompañado de S. E. Monseñor Secretario de la Sagrada Congregación de Ceremonial y de los Camareros de capa y espada, y escoltado por la Guardia suiza, visitó la Basílica de San Pedro, donde, después de la adoración al Santísimo Sacramento, veneró la tumba del Príncipe de los Apóstoles.

La población judía del mundo

Según ciertas informaciones de origen judío, la población total israelita diseminada por el mundo asciende, aproximadamente, a 11.325.000 almas, distribuyéndose en la siguiente forma:

Europa	3.417.200
Asia	1.401.000
África	686.500
América	5.779.600
Oceania	41.000

El núcleo más importante se encuentra en los Estados Unidos, cifrándose en cinco millones. En la América del Sur y en la Central, los habitantes de raza judía se calculan en 559.650.

El Estado europeo que acoge en su seno a mayor número de judíos es la U. R. S. S., con 2.000.000, si bien ciertas fuentes soviéticas lo elevan a 2.500.000, y el *Year Book de la «Enciclopedia británica»* lo estima en 5.222.000. Después de Rusia sigue la Gran Bretaña, con 400.000 judíos, y a continuación Rumania, con 362.000; Francia, con 230.000; Hungría, con 200.000; Polonia, con 100.000; Turquía, con 50.000; Checoslovaquia, con 40.000. Los restantes países de Europa varían entre los 35.000 que residen en Bélgica y los 300 residentes en Albania.

Hay que tener presente que las anteriores cifras pueden posiblemente variar en más, dada la existencia de muchos judíos que no están inscritos en ninguna sinagoga. Debemos observar, igualmente, que la población judía de Inglaterra tiene tendencia a aumentar paulatinamente.

En cuando a los países asiáticos, el llamado Estado de Israel parece haber alcanzado ya el millón de habitantes, con lo cual se sitúa, con mucha diferencia sobre su inmediato seguidor, a la cabeza de los núcleos judíos de los Estados de esta parte del mundo. Irak tiene 120.000 judíos; Persia, 80.000; China, 25.000; India, 24.000; Yemen, 10.000 (35.000 judíos residentes en este país han emigrado, al parecer, a Palestina). Otros 6.000 judíos están repartidos en desigual proporción en las restantes regiones asiáticas.

La mayor parte de los judíos que habitan en Africa se hallan en los territorios septentrionales. Etiopía tiene una importante minoría, así como también Africa del Sur.

Por su parte, Australia y Nueva Zelanda cuentan con 37.000 y 1.000 habitantes de raza judía, respectivamente.

J. O. C.

D. E.

HOSPITALET

FYTISA

Filtros y Tejidos Industriales

S. A.

San Pablo, 26
Teléfono 1877
SABADELL

**BANCO
HISPANO COLONIAL**

(Fundado en 1876)

Sede Central: Paseo de Gracia, 3 y 5
BARCELONA

TODA CLASE DE OPERACIONES BANCARIAS

Aprobado por la Dirección General de
Banca y Bolsa con el número 471

JAVIER COLL E HIJO

Importadores de los productos de SOCIÉTÉ DES USINES CHIMIQUES
Rhône-Poulenc, Productos Químicos, Farmacéuticos e Industriales. - Dis-
tribuidores de los Productos del Laboratorio de Industrias Farmacéuti-
cas, S. C. "INFARMA". - Concesionarios exclusivos de la SOCIÉTÉ
PARISIENNE D'EXPANSION CHIMIQUE "SPECIA" - París.

Córcega, 269 BARCELONA Teléf. 79089

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA

Aymerich y Amat

Almacén y Despacho: Alcázar de Toledo, 50
Teléfono 2344 TARRASA

J. J.

BARCELONA

Colaboración

F. T. B.

BARCELONA

J. L.

Granollers

CAÑAMAZO PARA BORDAR
FORRERÍA - TARLATANAS, ETC.

I. TORRAS AYMERICH

Fábrica de Tejidos Diáfanos de Algodón

Bruch, 25-27-T. 2136-T. par. 1189
MANRESA

Cándido PICAS

ACCESORIOS

Talleres de Construcción y Repa-
ración de Maquinaria para Cintas,
Batanes de Cremallera, Urdidores
de Bota.

Carrio, 5 - Teléf. 1182 - MANRESA

J. F.

Ripollet

S. C.

A. P.

Compra Venta de Frutos Secos. -
Abonos químicos, Harinas, Cere-
les, Pienso «Montserrat» para ga-
nado. - LUIS SERRA GUARDIA. -
Fábrica de descascarar Frutos se-
cos. - Manantial de agua potable.
- Abastecimiento de la ciudad. -
Despacho central: Calle Ricoma,
79-81. - GRANOLLERS. - (Sucur-
sal Las Franquesas). - Teléf. 145.

J. C. C.

F. J. V.

Barcelona

E. O.

Barcelona

Fábrica de Artículos para Viaje
Fundada en 1885

Hijas de F. Raich

Especialidad en los encargos

Canuda, 20 y 22
Duque de la Victoria, 15
Teléfono 17914 BARCELONA

Puigmarí y Sanllehy

Fábrica de Novedades
en Pañería selecta

Miguel Arimón, 17 - Teléfono 2442
SABADELL

PADRÓ Y CASAS

Fábrica de Paños y Novedades

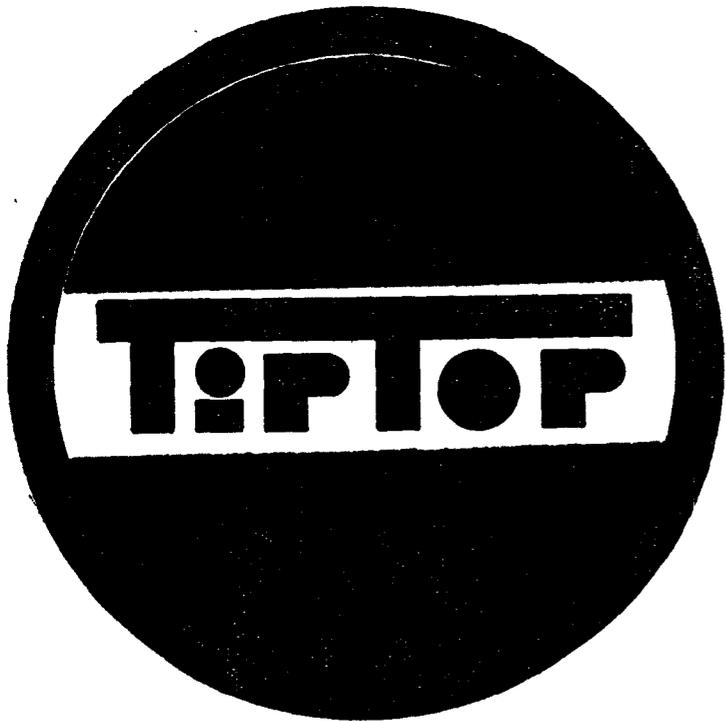
Despacho: Cruz, 31 y 33
Fábrica: Cruz, 29
Teléf. 1716 - Sabadell

TINTORERIA DORE, S. A.

San Leopoldo, 135
(Vapor Gall)
Teléfono n.º 2405
TARRASA

P. Solá Bores

Barcelona



Auto Crema Sintética
(auto-cream-creación americana)

Sin esfuerzo alguno y en pocos minutos
TIPTOP LIMPIA, PULE Y CRISTALIZA
la carrocería de su coche dejándola con un
BRILLO CRISTAL MARAVILLOSO

CONCESIONARIO PARA ESPAÑA: **MONT**
Avda. Generalísimo, 463 - Tel. 77180
BARCELONA



*Visite las Cuevas
de Artá*

Fibras Elaboradas, S. A.

Fábrica y Despacho: Lepanto, 41-43 - Teléfono 2012

TARRASA

PAÑOS MARCET, S. A.

SELECTAS NOVEDADES
■■■■■■ EN PAÑERÍA ■■■■■■

General Mola, 24 Teléfono n.º 2219
TARRASA

Fabricación de Altas Fantasías en Lumería para Caballero

M. Corominas

SOCIEDAD ANONIMA

•
Casa fundada en 1820

•
SABADELL